

*Rodolfo González Pacheco nació en Tandil, Buenos Aires, en 1882. Fue uno de los principales agitadores y propagandistas que tuvo el anarquismo, no sólo en Argentina, sino también en sus viajes por México, Cuba, Chile, Paraguay, Uruguay y España. Como orador y escritor se destacó en la síntesis y radicalidad, como también en su prosa, de la ideología. Colaboró en La Protesta e impulsó numerosas publicaciones, entre las más importantes figuran La Obra y La Antorcha, ésta última expresaría la voz de las sociedades de resistencia autónomas a la F.O.R.A., conjuntamente con los compañeros Antillí, Bianchi, Badaraco y Anderson Pacheco, entre otros. Aparte están también sus escritos literarios y teatrales. Sufrió la cárcel y las persecuciones. En España luchó por la Revolución y contra la tendencia del movimiento obrero que la negaba. Murió el 5 de julio de 1949.*

*Editamos aquí dos selecciones, en dos folletos, de sus Carteles correspondientes a los dos tomos que publicó la Editorial América-lee.*

*Lo han llamado últimamente "el santo ácrata", lo que sin duda le hubiese causado gracia sino rechazo; lo llamamos el compañero González Pacheco.*

**E D I C I O N E S**

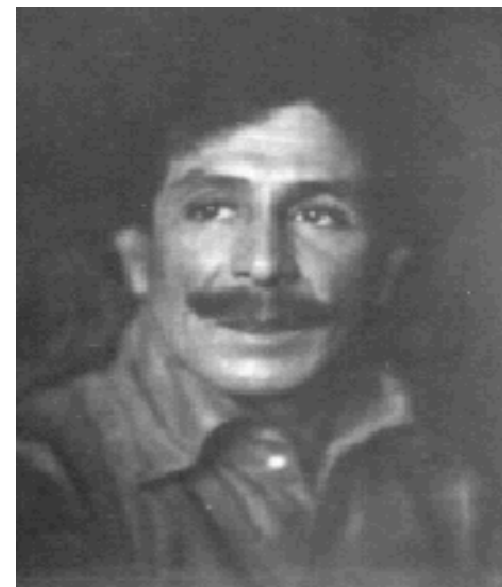
**¡LIBERTAD!**

publicacion\_libertad@yahoo.com.ar

www.geocities.com/grupo\_libertad

# CARTELES I

Del entrevero  
(selección)



**Rodolfo González Pacheco**

## ASÍ SERÁ

Será así, en la sociedad futura: Un hombre, de esos que sienten la dicha sembrar y contemplarse en la reunión de las plantas, tomará el trozo de tierra que pueda labrar él solo; o, mano a mano, con otros rigurosamente afin. Orientando, desde el vamos, hacia la gran abundancia, no descansará hasta convertir su prado en una plaza de sombra, un campo de pan o un bazar de fruta. Y orientando, desde el vamos, hacia la gran libertad, abrirá su mundo al mundo, sin exclusión y sin cálculo.

Compañero de los hombres, lo primero que atraerá será su feliz campaña. Verá crecer en las gentes, como otra siembra lograda, la simpatía en tallos llenos. De donde resultará que, aun a medio crear esa isla de su esfuerzo individual, empezará a producirle flor de amigos.

No tendrá porque temer depredaciones ni abusos. “Nadie roba en su bolsillo”. El daño, presunto o real, que hoy podrían hacer los pobres si los dejaran entrar por un momento, no más, en las fincas de los ricos, cesaría por completo si los dejaran entrar de una vez y para siempre. Porque no hay tamaño estúpido que destruya, mate o ciegue la fuente, el árbol o el surco que le dan pan, sombra y agua.

Los que habrá, quizás, sean éstos: los egoístas mediocres, que pretenden apropiarse lo que pertenece a todos. Se les dejará de lado, sin amigos ni campaña, a que vegeten y mueran como plantas sin sol ni aire. Y, quizás también, haya otros: productores que no quieran producir más que para sí y los suyos; los hombres que habrán perdido su fe en el hombre. Y a éstos habrá que esperarlos hasta cuando se recobren en su íntegra humanidad.

Así será, y no de otro modo, el mundo del porvenir: un florecimiento de islas del esfuerzo individual. Dichoso de contemplarse cada uno en su obra, se orientará, desde el vamos, hacia la gran abundancia y hacia la gran libertad. Será así.

### PRIMERO: LA LIBERTAD

La cuestión no es alcanzar el sentido o el dominio de los complejos sociales. Ni estar al día en política o en arte, o en una o en muchas ciencias. Esas son otras cuestiones. Se puede ser elemental como un niño, o simple como un salvaje y, sin embargo, querer lo que es, en definitiva, primero siempre: la libertad. Ser libre.

El anarquista no hace caudal ni tabú del genio ni del estúpido. Ni vota a aquel ni veta a éste. Sabe que el más desvalido de luces y de coraje, lleva también en su sangre, grano germinador, un dorado ensueño: ser libre. La libertad.

La libertad... Ser libre... No sé qué de eterno y grato pasa por el corazón del hombre cuando un esclavo se yergue a decirle a su tirano: ¡Vamos a ver: la libertad aquí! Se acabó ya tu siervo: ¡ahora soy libre!

Cada vez que esto acontece, algo se agita y aflora en la humanidad. Escéptica, vieja, exhausta, siente que en alguna parte le renacen los botones de su vigor juvenil. Y es porque la libertad es una fuerza con alas: nos remece y nos remonta desde todos los abismos.

Y es bueno que deba ser conquistada, igual por el individuo que por los pueblos. Ella, como la vida, nos dice: ¡Tómame! ¡Poséeme! No me doy más que a los bravos, que me quieren y se atreven.

Los débiles se acomodan y apesebran. Y así vegetan: a poco amor, a poca dignidad, a poco pasto. Sobre estos no se reahará ni el fervor ni el carácter de la especie. Son las aguas pantanosas, sin fluir de sí, que el hombre libre debe remover con varas; valerosamente.

A no ser cursis. A no hacer una cuestión de estar al día en política o en arte, en una o en muchas ciencias. Esas son otras cuestiones. La primera es tumbar esto: la tiranía y el tirano, y cuanto impide ser libre. Primero: la libertad.

## CONTRA LOS CAUDILLOS

No estamos para encauzar a los hombres, amontonándolos a un punto de orientación, de acuerdo con nuestros modos de ver, personales. Esto, que cumple completamente a todos, todos los caudillos, no cumple nunca a los anarquistas. El caudillismo no sólo es malo por lo que concreta a la tiranía, sino que es peor por lo que disuelve, para sumárselo a sí, a los demás, que no tienen personalidad distinta y fuerte contra las sugerencias.

No. Lo que queremos es revelarle a cada uno su propio origen, hacerle luz en todas las caras de su medalla. Y sobre todo, los anarquistas, aparecer consecuentes con la Anarquía. Esto sólo dispone más voluntades para la revolución que cuanto se haga para sumarse los otros a uno; aunque uno sea el Revolucionario.

No hay que creer que los más grandes agitadores del pueblo lo son, lo fueron, por lo que sugestionaron, hasta enneguecerlas, las multitudes. Ésta es una calumnia histórica, como tantas. Lo son, lo fueron, por lo que llevan en sí una doble luz: bajo una se muestran ellos, cabales; con la otra alumbran a los demás, les ponen de manifiesto sus propias fuentes de fuerza. Y extraen, de lo que era pueblo, chusma y masa, hombres de acción, distintos y voluntarios.

Para nosotros cada hombre es un valor real. De él puede extraerse un aporte que servirá, cuando menos, a su vida. Y cuando más –¡piensen esto los caudillos!– un compañero.

El caudillismo puede ir hasta la revolución. Pero nosotros queremos ir, también, a la Anarquía. Porque somos anarquistas...

### LAS BOMBAS (1915)

Tenían un encanto fuerte para nosotros; de abismo y sol. Más que con hierros y fuego, se llenaban con ideas. Eran cráneos que estallaban. Y ése era su encanto trágico.

Decíamos: su móvil es la justicia. Hay que llorar mucho, entonces, antes de matar a nadie. Pues si el que las tira es uno, los que las cargamos somos todos. Su carga son nuestras penas de sangre, dolor y lágrimas. Por eso estallan así, siempre contra los tiranos: nunca jamás contra el pueblo.

Y el dinamitero era como un hermano mayor. Más aún: como nuestro padre, matando para salvarnos. Gracias a él, y cada tanto, podíamos erguir la frente, ver consternarse al burgués, y ser, por un instante siquiera, temidos y respetados.

¡Ah, sí! Tenían un supremo encanto de abismo y sol. Eran nuestras. Su estallido era el de un cráneo cargado con nuestras penas.

Pero, ahora... Ahora hablamos de las bombas avergonzadas. Ya no las carga una angustia, sino una furia. Ya no estallan más tampoco al paso de los tiranos, sino a los pies de los niños; no son justicieras ya; son criminales, bandidas. Cualquier bruto uniformado las vuelca desde su máquina sobre una ciudad que duerme, un campo de labradores, o una aldea que canta o reza. Al azar; donde caen, caen.

Estamos avergonzados. Ayer... ¿Ayer?... Todos los días los diarios nos notician las hazañas de los bombardeos burgueses. Las siembran sus aparatos –aviones o zeppelines– desde la altura. Y llueven sobre las gentes la muerte injusta y cobarde; igual que la vida de ellos.

¡Ah, nuestras bombas!... Estamos avergonzados. ¡Avergonzados!

## LA IGUALDAD, PONGO POR CASO...

Son muy pocas las razones que nos ofrece esta vida, que puedan determinarnos creyentes de otra mejor, más de acuerdo con los postulados del anarquismo. Donde miremos, lo que triunfa es el engaño, la fuerza bruta, y lo que padece siempre es la verdad, el espíritu de justicia. No precisan grandes sumas de experiencia, ni muchos libros, para probarnos todo esto los escépticos. Con que nos saquen al sol cualquiera de nuestras debilidades, nos han vencido.

Mas predicar no es dar trigo. Y si lo que se predica es el descorazonamiento, la involuntad creadora, entonces es dar cizaña, más vale. Y cuanto más y mejor nos rindan con esas armas, menos debemos reconocerles el triunfo. Porque éstos sólo los deben a nuestra debilidad; y son tan fáciles.

Fácil es, ¡oh, ya lo creo!, crearle obstáculos al hombre,. Ellos existen a miles, donde se mire, y no hay más que revelárselos, pegarle con ellos en los nudillos, para que suelte su pluma o su hacha de obrero de los ideales. Un poco de genio oblicuo y voluntad atrabiliaria bastan.

Lo difícil es lo otro: ponerle fe de combate en las entrañas, audacia bajo del cráneo y canciones de victoria en la boca. Mas para esto, que es ahora, en este ambiente, como amarse en una tumba, se precisa cierta dosis de un optimismo ancestral, capaz de extraer razones de vida, jugos, hasta de las piedras. Y volverlos hecho flores, frutos nutricios, al hombre.

Es claro que nada, absolutamente, justifica nuestro ideal de igualdad, pongo por caso. Todo es burgués, privilegiado, y lo niega hoy. Y a poco esfuerzo que se haga, nos probará, el menos leído, que no tiene precedentes en la tierra ni en el cielo; que el sentido de la historia le es contrario...

Mas predicar no es dar trigo. Y lo sólo que a nosotros nos corrobora anarquistas, es lo que damos de nosotros mismos, aquello por lo que hacemos vivo el ideal, latente su aspiración, tensa su voluntad engendradora. Por lo que hacemos cada día más compañeros, más iguales unos a otros los hombres.

Todo nos niega, según los libros que leen los que tanto saben. Pero es que ellos leen tan sólo letras burguesas, con ojos aburguesados y táticos. Por eso... Otros libros y otros ojos se precisan para leer anarquismo. Y otros valores también, más altos que esos con que nos aburren, hasta rendimos, los eruditos. El valor de la igualdad, pongo por caso, que no lo posee ninguno de cuantos por ahí lo niegan.

## EL MIEDO

Las condiciones del mundo han movido de posición y de formas los fantasmas que atribulaban a nuestros antepasados. El rayo se caza al aire, ahora, igual que una mariposa. El desierto, el mar, las cumbres, se acercan, se abren, se agachan a 'nuestro paso.

El torvo esclavo de ayer es hoy un señor fastuoso que arrastra un botín de gloria sobre un planeta rendido, violado en sus napas más remotas. Se crece su voluntad en la medida que se alza sobre la tierra; y ya vuela. Se aguza su inteligencia, de acuerdo con lo que penetra abajo, a arrebatarles a las sirenas sus perlas y a los nomos sus metales. Y, en fin, se afirma en su genio, abrazando el universo, en menos de lo que tarda en decir: ¡yo quiero!, con un golpe de telégrafo.

Y como estas conquistas son, más no sea moralmente, patrimonio universal, he aquí que hasta los más infelices sentimos sobre los huesos, a modo de espaldarazo, el orgullo de la estirpe. ¡Somos hombres! Es decir, de la familia de aquellos que le dan caza en el aire, igual que a una mariposa, al rayo. Y ante quienes el desierto, los mares y las montañas se acercan, se abren, se agachan...

el chúcaro, fatal viene a ser también que el que empuña la picana se desate en salvajadas. Todas las ancas revueltas incitan a picanearlas. ¡al surco, al surco!

Y sí, señor: desmán y crueldad es esto que a mí, deveras, me indigna. Pero esto no oculta aquello, que a nadie puede ocultársele: que en la entraña de estas víctimas había otros victimarios. ¡Otros que querían mandarnos! Por lo demás, si para ellos, lo mismo que para el buey, lo legal es enyugarse, que se revuelvan y bramen, reclamando lo del toro: ¡la libertad!, es un poquito grotesco...

No, no, no. El mal de toda la vida, para el hombre, es el gobierno; que lo que ocupe quien lo ocupe, y aun suponiendo macanas: que haya uno bueno. Cada cual padece el peor. Entonces: ¡a rechazar las coyundas, romper los yugos, negarse a surquearle el campo a esa cachonda señora Legalidad!

## AQUÍ HABRÁ REVOLUCIÓN

Como en la planta, en el hombre radica fuerza. Y culpa suya será si no la emplea como debe: en cumbrear la flor o el fruto. Es cosa que me entra menos que una agua a un coco, que porque esté desarmado deba faltar en el pueblo fuerza revolucionaria.

No falta, ni faltó nunca. Pero sobran los *prudentes*; que alardean su prudencia, igual que las cicatrices en la cara de matones: para evitarse entreveros. Tipos que le cortarían al águila real sus alas. Y que le desteñirían al faisán sus plumas de oro. Y todo porque no tienen fruto ni flor que cumbrear, ni pensamiento ni acción audaces a que entregarse.

Contra ellos: la vida es fuerza. Fuerza en el macho, que se abre paso peleando. Fuerza en el grano, que brota hasta entre las piedras. Pequeña fuerza, quizás, pero que, centrada a polos, puede remover montañas.

Tampoco es cuestión de números. La capacidad de un pueblo para batirse y vencer no se la debe contar como matón del Estado cuenta su tropa. Ése cuenta como aquel que mandó a la cruz a Cristo; o como el juez que hizo envenenar a Sócrates; o como el otro también, de las horcas de Chicago. Cuenta verdugos, sicarios o pretorianos, cuya eficacia matona es pareja, por la estúpida, con la de quien voltea el árbol para bajar el ave.

Yo cuento desde el volante de la evolución que mueve a la savia y a la sangre. Con esa evidencia, digo: no se puede entrar de nuevo en el grano el brote, ni la hoja en la rama ni en la gema el fruto. Imposible volver más el espíritu a la nada. Fue cumbreado por la vida, y no hay tiranos no esclavos, ni guerra nazi ni paz marxista que puedan bajarlo nunca. Ni aunque guadañen el mundo.

Sobre todas las catástrofes, el hombre salvará al hombre. Porque lo ha salvado está ahí: ondeando en la vasta tierra, en altas o en bajas varas, como capullo o espiga, su pensamiento o su acción. Un fuerte y gentil destino brilla en su frente y lo empuja al entrevero otra vez. Y a oro, por lo etincelantes, vuelven a sonar sus gritos. Y como remotes de águila, por la altura que dominan. Vuelven a ser sus ideas.

Contra todos los prudentes, y los matones, también, de cualquier laya de Estado: aquí habrá revolución. ¡La haremos! Y triunfará. Porque la libertad triunfa siempre; hasta sobre su derrota. Como aquel fénix de la leyenda vieja. Y porque en el pueblo, la vida es fuerza.

Una filosofía que no traspasa la ley es una filosofía de servidumbre. Lo legislado es deber que el hombre pierde como derecho. A este paso, si mañana, como en los tiempos de Herodes, fuera ilegal nacer macho, habría, no más, que no hacer. O esperar el verdugo.

Así estamos: con el porvenir abierto sólo a la ley, y a sus doctrinantes y aplicadores. Todo a ellos y a ella. Y nada, o cada vez menos, a la verdad por sí misma, la justicia por sí misma, la vida, en fin, por lo que está, por sí misma, es afirmación y empuje. Nada que la ley no mida, pese, calibre y promulgue. ¡Cumple la ley!

O apela. Pide a tus representantes que te reformen la ley. ¡Pide!...Y entonces en lugar de una, tendrás diez, o cien, o mil. Un plan quinquenal entero.

Hermanos: una filosofía que no traspasa la ley, es una filosofía de servidumbre. Y la democracia es eso. Yérguete contra su ley. ¡Viola la ley! Y que en ti la ley se cumpla.

## CAMPOS DE ORÉGANOS

Huelgas, motines, bombazos puntean de llamas la tierra. Excepto Rusia, donde nunca ocurre nada, como en los cementerios, en todas partes la pelea sigue. O comienza.

Identificado el hombre con el fuego y con el hierro, sólo a ellos fia la conquista de su libertad y su vida. ¿Barbarie?... ¡Claro! Barbarie, pero de aquellas que le han venido empujando, también así, a hierro y fuego, a esa disyuntiva bárbara que es matar o morir: o morir matando.

Esta cruda realidad que despierta ahora a los pueblos, fue la angustiada vigilia del anarquista. Desde Bakunin aquí, gritando viene. ¡Velar las armas! No hay paz dentro del Estado. Ni valor de pensamiento, sea él social, moral o estético, si no hay un valor de sangre. Porque, al fin, hay que pelear. O pelear en una guerra, o pelear en una revolución. Pero pelear. Todo acaba en este juego, en el que tendrás que ser el jugador o el juguete. ¿Jugador?... Entonces, a jugar fuerte. Quiero decir, a tirar los gestos como la taba: a clavar. Y a clavarlos de tal modo que ni con palas los pueda desenterrar ni de la psicología ni de la historia.

Esto, o lo otro: que con tu destino juegue el político. Ese hideputa que siempre comparan al camaleón, porque cambia de colores. Y no, si han de buscarle su par digan, más bien, que es un topo, renegado de la luz, que te socava la vida, hasta sacarte el piso.

Y es la hora del hombre en firme. Entonces, a maniobrar los gestos como la taba. A esto llama el anarquista. Y entre huelgas y motines y bombazos, como en campos de oréganos, planta su tienda.

## LA OPOSICIÓN

Bien está ésta en todas partes, porque se afirma peleando; menos entre políticos. No es pegarle en el suelo, sino que debe decirse: su resistencia, hasta ahora, al nazismo peronista sólo ha servido a la anécdota, alegre o cruel, pero negativa siempre. Es una oposición de ancas; de ancas de bueyes.

Sus principios y sus medios y sus fines nacen, actúan y mueren dentro del campo en que es reina esta madama: la ley. Gran señora, a la que tienen un miedo, o respeto, bárbaro. Pujan por ella, y a quienes la cumplimenta mejor. Y ni uno que sea negarla y, menos, a sugerir que fuera de ella pueda siquiera vivirse. ¡Ah, no! Sólo son a protestar que el que les golpea la vida la cumple mal, o no la cumple del todo. ¡Que hay que cumplirla!

Y yo pienso: cuando un buey se deja uncir es porque, tácticamente, se comprometió a yugarla. Se dijo: —¡Vamos a arar!— A gobernar, para el caso. Si luego, por sí o por no, mañerea o se hace

¡Oh, sí! Las condiciones del mundo se han movido en favor nuestro. Las sombras, viveros de los fantasmas que atribulaban a nuestros antepasados, no existen ya... ¡Ay, pero el miedo es siempre el amo; siempre!

No está más en el fondo de la mar, ni tras de las blandas nubes, ni en las entrañas del suelo, ni en las copas de los montes, no. Ha variado de posición y de forma: está en nosotros ahora. Se llama *cárcel, hogar, mañana...*

Cualquiera de estas palabras, surgidas así, de pronto, ante un hombre de este siglo, asume desproporciones fantasmales. Tira de su integridad con mil manos a la vez. Le manda los huevos a la barriga.

Por eso es tarea tan leve, risueña casi, ésta de los encargados de guardar el privilegio. Con que levanten la voz o pinten en las paredes cualquiera de esos fantasmas, basta para que nuestras nociones de derecho, de libertad, de justicia, vuelen y se desparramen como papeles. ¡Tenemos miedo!

Este señor que pasea el universo, lo clarifica y lo limpia como una casa, ¡tiembla! Este hombre alza las manos, se arrodilla como un indio, implora a unos monigotes, ya ni siquiera de palo o piedra: ¡de tinta, escritos! ¡Ay, sí!

La ley, el hogar, el hambre... Transmutaciones de aquellos viejos fantasmas: el demonio, dios, el rayo... En definitiva, miedo. ¡Siempre el miedo!

## COMUNISMO

Toda obra de bien o belleza humana ha nacido de un momento bello o bueno del espíritu. Sus autores han deseado suscitar entre nosotros ideas gentiles o justas. Artesano, artista o sabio, trabajaron para todos y por simpatía a la vida. Son comunistas.

Lo cierto es que para el hombre no hay más que un móvil central, y los demás son parásitos: proyectar sobre los otros lo mejor suyo. Ni los más sombríos ascetas dejan de querer vivir, como ejemplo o como influencia, dentro de esta sociedad. No importa que, en vez de un canto, sea un anatema el que traigan; es su mensaje; tienen que comunicarlo: comunizarlo.

Nada, al fin, es para uno. Y no existe el creador que se nutra de sí mismo ni del orgullo de su obra. Ha de sacar a la calle sus creaciones, y de lo que allí susciten extraerá el pan de su vida; su real salario.

Y cuanto más grande o noble sea lo que el hombre plante, tanto más se orientará también a más hombres y más mundo. Altos puentes, hondos túneles, alas que unen hemisferios: ¿Qué son? ¿Qué buscan? ¿Qué quieren?... ¡Comunismo y comunismo!

Es un principio moral, fecundo y cálido, entonces, antes que un sistema inerte de economía política. ¡Qué dialéctica, ni un *cornio*! Se lleva a él como se lleva a una gracia del espíritu: labrando en nuestros instintos hasta el día que nos brote, como a un áspero peñasco un rostro de santa o santo, un nimbo, una luz, un grito de simpatía social.

Y ahora sabemos por qué, en vez de vanidad, es vergüenza lo que nos produce el pan que nos arroja el burgués en pago de nuestras obras. Vergüenza de él y de nosotros; de vender y que nos compre. Para el escritor del pueblo, doble vergüenza.

Así es. Pero que sepan también nuestros mercadores: ese pan no es el pan nuestro. El nuestro es de otros trigales. Se dora donde tu vida y mi vida, por gentiles o por justas, suscitan amor o compañerismo. Éste es nuestro real salario. Porque somos comunistas.

## POR EL COMUNISMO ANÁRQUICO

La historia del movimiento social en esta república es la historia del comunismo anárquico. Ninguna idea como ésta ha trabajado entre el pueblo tan duramente. Toda sombra de dolor y toda luz de esperanza hay que ir a buscarla a ella. Ella lloró en nuestros llantos, se entreveró en nuestras luchas, resplandeció en nuestras bombas.

¡El comunismo anárquico!... Han paseado sobre el pueblo muchos símbolos guerreros, muchas banderas en alto: blancas, amarillas, rojas; católicas, socialistas y bolcheviques ahora. Están todavía paseando... Pero ¿qué tienen?... Mejor dicho: ¿qué NO tienen, que más que insignias de lucha, parecen papeles vanos que un viento trae y otro lleva?... No tienen peso de ideas; les faltan tinta de ideal, desgarrones de entreveros, humos, en fin, de grandeza.

Les falta lo que nosotros tenemos con el comunismo anárquico: tradición y porvenir. Una madre, a la que le mataron su hombre, alzando por sobre sí, brindando al sol de la vida su hijo desnudo, podría simbolizarlo: negra de pena ella, su chico rojo de luz. ¡Nuestra bandera es roja y negra!

¡Ah, compañeros! Yo levanto mis palabras por arriba de los mares y pregunto a todos los deportados: ¿por qué os echaron de aquí? —¡Por el comunismo anárquico!... Yo me bajo hasta la tumba donde se pudren los huesos de los hombres y los niños que masacró la cosaquería argentina, e interrogo sus despojos: ¿Por qué, por qué os masacraron, siendo que erais buenos, útiles y bellos? —¡Por el comunismo anárquico!... Y yo, señor, finalmente, me allego hasta las murallas de las prisiones y clamo: ¡Eh, hermano preso! ¿hay por ahí algún obrero huelguista?... Al pronto nadie responde, pero yo siento que una mano dura y firme escribe un grito en la piedra: ¡Viva el comunismo anárquico!

Así es, aunque no lo queráis vosotros, repartidores de papelitos blancos, amarillos, rojos; católicos, socialistas y bolcheviques ahora. Aquí las cosas están para el comunismo anárquico. Porque él lloró en nuestros llantos, se entreveró en nuestras luchas, resplandeció en nuestras bombas, y porque tiene más grandeza él solo que todos vuestros ideales juntos.

## EL DICTADOR

El triunfo de este animal consiste en no permitir que se le discuta. Es, lo que es, por sus cabaletas. Barbariza porque puede, manda porque tiene fuerza, pega porque los otros son flojos. Y en esta zona moral, que oscila desde el matonismo raso hasta la imbecilidad cascabeleante, se identifican hermanos el dictador del soviét con el del gremio y el del imperio. Son cachorros de una misma lechigada.

Mas he aquí que donde un anarquista se alza hay siempre un dictador venido al suelo. Es matemático. Una palabra que diga, y el andamiaje de hierro se desarticula y cae. Por ello, instintivamente, a lo primero que atinan los dictadores esa que aquél les deje y se calle.

Pero esto no puede ser, compañeros. El mundo sube por horas hacia un plano de claridad y cultura. Todos queremos saber, explicarnos, ser conscientes. Los anarquistas no habían de quedar abajo en esta alzada de la vida hacia la luz. Y hablan, razonan, dan sus ideas también.

Sus ideas... ¡Cómo las temen algunos! Y el dictador más que nadie; se fortifica contra ellas hasta en la piel de los dientes, y no se da, ni con eso, por seguro. Y es valeroso y osado y fuerte, por lo común. Sería capaz de rendir un toro de un puñetazo, de atropellar un ejército con el pecho descubierto, de recoger en su pañuelo una bomba con la mecha ardiendo. Pero —¡por favor, caramba!— que no le vengán con cosas de discurrir o explicar. Es superior a todo su coraje eso.

Artistas, obreros o vagabundos. ¡Machos! Todos los que hacemos luz con los sesos, pan con los puños, caminos con los talones, hagamos de él nuestro santo y seña. Entre la sombra y el fuego, por sobre el mar y la cumbre, naufragos o centinelas reconozcámonos todos en el ¡Viva la anarquía!

Viejas, compañeras, novias; las que velan o amamantan o dan besos. ¡Hembras! Mientras reine la injusticia, el hambre y el salvajismo: —¡Viva y viva! Viva tres veces—, una vez por vuestros novios, otra vez por vuestros hijos y otra vez por vuestros nietos: ¡Viva la anarquía!

Las banderas de la tierra son las flores. Las banderas de los pueblos son los gritos. Floreced el vuestro, artistas, obreros y vagabundos. Y el vuestro también, doncellas, madres y abuelas. ¡Machos y hembras! ¡Viva la anarquía!

## TODOS SON HUNOS

Como cuando la de España, y la del 14, y siempre y donde quiera que sea, los anarquistas tienen una posición frente a la guerra. No menos, sino al contrario: más que a todos los sectores les interesa un conflicto en que se juegan a vida o muerte conquistas de convivencia social que, aun no siendo las de todos sus deseos, si las pierden tendrán que reconquistarlas. Con todo que también sepan que nazismo y democracia son nada más que matices de un mismo mal, no niegan que sea mejor estar vivos que muertos.

Y ellos quieren estar vivos. Pero no sólo en su bulto o su pellejo, que cualquier garrote o bala les agujerea o les tumba. En sus ideas, que son, además, sus posiciones. Como anarquistas.

¿Cómo están en una huelga? ¿Desde qué móvil empujan toda su vida, privada o pública? Siempre desde su anarquismo. Y es la eficacia de este, la claridad y la fuerza que para él logran, que viven ellos y hay anarquía.

La guerra, esta y todas las que advienen por la existencia misma de los Estados, por más que nos interese, no es nuestra guerra. Por abajo y por arriba de la mayor o menor tolerancia que nos conceda un gobierno, está lo que, justamente, vive por lo que nosotros no le concedemos a él: nuestro anarquismo. Su dejación, por lo que llaman “la realidad del momento”, implica su negación como militancia y como doctrina. Es confesar que no es más que *parola*. Charlas de charlatanes.

¿Es que negamos con esto la beligerancia a nadie en este u otro conflicto? Ni en la lucha ni en la paz; nunca, a ninguno. Mas, si somos anarquistas, beligeremos desde ahí, desde el anarquismo, y no desde una deriva o adentro del sucio oleaje de los frentes populares antinazis o antialiadados.

Y todo esto porque ya, lo mismo que en otra conflagración, y cuando la Rusia y los de España se empiezan a sopesar “los realismos del ahora”, que si pesan hasta bajar un platillo es porque nosotros no ponemos en el otro el peso de la realidad anarquista. A más guerra burguesa, más revolución social.

## ¡CUMPLE LA LEY!

La democracia —en el sentido político de gobernar por el pueblo— pretende hacer de la ley un símbolo máximo. Como es creyente en su dios, quiere que creas en la ley, que vivas para la ley y sin salir de la ley. ¿No te alcanza una?... Ahí van diez, o cien, o mil, y todas enderezadas a someterse a la ley. ¡Cumple la ley!

## HOMBRE A LA VISTA

Más allá de este momento de confusión y de horror, se ve una verdad serena: el poderío del hombre. Si en lugar de ser esclavo, y destruir, él fuera libre, y creara, ¡qué obra la suya, y qué vida! Dioses e imagerías, ¡qué pobres cosas!

¿Hará tanto mal ahora porque no puede hacer tanto bien? No creemos. ¿Le habrán degradado al punto de no sentir, ni en sus huesos ni en sus nalgas, la desolladura viva del sufrimiento? Tampoco; también lo cierto y lo firme hay que verlo más allá. Es que, quien más o quien menos, el hombre sabe o intuye que en esta oscura tragedia no hay pasado ni futuro, sino un podrido presente; que es el que revienta al fin.

Nunca hubo guerra con menos pasión humana. Las más ancestrales hordas resplandecieron siempre de alguna fe: Dios, el valor, la aventura. Como chispas de las piedras, sacaban de sus instintos estos señuelos, y los seguían. Se empinaban o caían, pero señalando alturas, distancias, luces.

En ésta no; nada, nadie. Toda es dentro de un sistema, en la cerrazón de un límite, mirando abajo. ¿Qué quiere el nazi? Matar al que no obedezca. Y el demócrata, ¿qué rumia? – ¿Para qué la violencia, si con la vileza basta? – Y la suspiración del marxista, ¿quién ignora cuál es? Envi-lecer o matar a los que los otros dos todavía no pudieron, o no les interesa.

Suspiro, pues, o rumiación o querer que han de interpretar los pueblos como los actores buenos una obra infame. Sólo que en ésta la infamia no es por un rato, en las tablas, sino por la entera vida y para autores e intérpretes. Es la infamación al hombre.

Mirad, tocad, si podéis. Tiempo y espacio se llenan de los despojos de un mundo hecho astillas y carroñas. Oíd relinchar los guerreros, y recordad, si gustáis, sus más malditos relinchos. – Donde pise mi caballo no crecerá más la hierba –decía Atila. Animalito de Dios. –Donde llegue el enemigo que no halle más que cenizas. ¡Quemad la tierra! –dice Stalin. ¡Qué va a comparar!

Lo que ninguno proclama, ni susurra, ni remece es que adelante o atrás de este bestial sacrificio el hombre puede ser libre. ¡Ah, no! Caverna nazi, valle demócrata, brete marxista, siempre el tumor del Estado comiéndole los sesos.

Para esto y eso es la guerra. Y el hombre, ¿qué es? ¿Cómo podríamos saberlo? El punto de referencia es ahora su poderío para destruir. Pero así y todo, pensad: si en vez de la esclavitud, viviera la libertad, ¡qué obra la suya, y qué vida!

Acendrad esto; sangradlo. Más allá de este momento de confusión y de horror, ved esa verdad eterna. Ni este crimen, ni el diluvio, podrán ahogar su destino si él se yergue de lo más hondo en lo hondo de su matriz o su semen, para la creación y la lucha.

¡A erguir al hombre! Que muera o mate, pero peleando al gobierno. Y con el hombre a la vista.

## ¡VIVA LA ANARQUÍA!

Las banderas de la tierra son las flores. Las banderas de los pueblos son los gritos. Pueblo somos, compañeros; gritemos nuestra anarquía.

Ideal, conciencia y destino, todo está –como en la flor el perfume y la pulpa y la semilla–, contenido en este grito. Colguémoslo de las horcas. martillémoslo en los yunques y, cuando caigamos presos, escribámoslo en los muros de nuestras celdas. Arañado, o remachado, o mordido, donde pise o pase o muera un anarquista queda un ¡Viva la anarquía!

Él es un tipo de acción, nacido para poner en orden cuanto hay revuelto. Por vaya a saber qué divinas sendas, a él le bajó la inspiración de organizar, y organiza. Y usted, en lugar de andar por ahí, charlando, lo que ha de hacer es entregarle la vida para que él se la arregle en dos patadas.

Por otra parte, ¿qué quieren?... ¿No lo ha dicho él ya mil veces?... Su mandato es transitorio: un sacrificio del que él es el primero en querer librarse. Pero, antes, dejen que triunfe la huelga, o la burguesía se doble, o el Estado se le entregue. Ya están al caer. ¡No le estorben!

Sin embargo, esto es histórico: a todos los dictadores hubo que sacarlos a puntapiés, a garrotazos o a tiros de sobre su dictadura. No quieren largar más una vez que agarran. Siempre les falta un detalle, un toque de luz de genio –¡eh! ¡oh! ¡ah!– en su monumental obra.

El dictador es un pesimista de la libertad ajena. No la comprende más que a través de su liber-tinaje. No cree –¡qué va a creer, si él no es romántico, ni tonto, ni retardado!– que ella podría curar hasta de su locura a los locos.

Y así es, poco más o menos –o más que menos– este animal por dentro. Por fuera es su anima-lada: la dictadura que impone. Negra o blanca o roja.

## LAS MEDIAS ALMAS

El bien o el mal, pero entero, puesto en la tierra como un huevo: esto es lo único que puede tomarse en cuenta. De diletantes y medias almas la vida no hace memoria. En cambio, cuando un hombre se da todo, en un lamento o una obra, parece que hasta las piedras quisieran hacerle un nido en su entraña.

No la mitad de la cosa, no; toda la cosa han de entregar quienes quieran que los otros se les aparen o se les acoplen. Amor, amistad, compañerismo: ¿quién suscita esto sino los grandes amantes, amigos fieles y compañeros en toda la línea?... Y así en los demás órdenes.

–Déseme entera, mi doña– le dice el gaucho a su moza. Sabe él que las medias vírgenes resul-tan, a fin de cuentas, más deslomadas que las hembras fáciles. Con este agravante encima: que son todavía más tristes; porque el pecado que se realiza pesa mucho menos que el que se cavila.

Medias almas, medios hombres, son todos los socialistas. De entre ellos, el más varón –Lenin, pongo por ejemplo– no podría decirse, ni en secreto, lo que Bonafoux gritaba a los cuatro vientos: –“¡Ay, señor mío, qué pena que yo no pueda servir a los sinvergüenzas!”– Y era verdad: no podía. Pero podía batirlos, reírse de ellos, hacerlos llorar de rabia, de dolor o de ridículo.

Los socialistas –yo no voy a calumniarlos– no sirven a los burgueses; son sus clásicos rivales. Pero tampoco –no voy a comprometerlos– les sirven a los obreros: son sus eternos estorbos. Ni éstos ni aquéllos pueden gemir o alegrarse por sus obras. Están justamente al medio, donde no sirven ni a dios ni al diablo.

Todos los días trae el cable esta noticia de alguna parte: “Durante el motín de hambrientos, la comuna socialista, o el soviet, o el sindicato, o el comisario del pueblo, se incautó de las cosas de comer y las puso a la venta por la mitad de su precio. La medida fue eficaz; ya reina el orden”.

Medios hombres; medias almas... Revientan a los burgueses vendiendo a dos lo que ellos tasa-ron cuatro. Y revientan a los pobres; les revientan en las yemas o en la base sus impulsos comba-tivos y de reivindicación. ¡Semirrevolucionarios!

Hay que entregar, devolver: no regatear ni bajar los precios. –Déseme toda, mi doña, No sea tan... ¡zorra!

## ¡SALUD Y R. S.! (1919)

La pampa, que hoy han cargado de alambres como cadenas, los ricos, fue una vez libre. La cruzaban los paisanos macerando con los cascotes de sus potros los trebolares. Iban, igual que las aves de selva a selva, por ancha vía sin obstáculos, de pago a pago. Como el cielo ahora, ella estaba abierta entonces a la canción y a la audacia. Era una tierra gaucha.

Pero surgió el propietario. El hierro de los machetes milicos y el palo del crucifijo católico se trocaron en postes y rejas sobre la pampa. Y fue dividida en celdas la cancha inmensa, y tuvo capataces como un ingenio y portones y ordenanzas como una fábrica... El gaucho ganó la selva o la sierra; se hizo matrero.

Y es desde entonces ahora que, cada vez que dos de ellos se topan en un camino, o se apean bajo de un tala, o se guarecen de la intemperie en un puente, primero se ofrecen mutuos servicios, dividen caña y tabaco y exaltan las excelencias de sus caballos; pero al irse, al separarse, siempre, siempre, dejan caer, sobre el lacre oscuro y cálido de sus dos manos unidas, esta juramentación de cuño gaucho: “¡Güena salud y mal instinto!”

Sí, sí. Buena salud para sobrellevar la mala vida; mal instinto para vencer, aunque sea a traición, el destino fiero. A ese precio pueden seguir siendo gauchos todavía; gauchos libres sobre una pampa esclava...

Y bueno. Los anarquistas no vamos para la selva o la sierra, hacia el desierto; venimos a la ciudad y a los hombres, hacia el pueblo. Traemos algo que no podríamos dejar de sembrar en él: el ideal de un mundo abierto, en el cual vayamos todos por ancha vía sin obstáculos como las aves del cielo.

Desde que esta idea surgió empezaron a cruzarse en todas las direcciones nuevas palabras también. Tenían, como aquéllas gauchas, algo de juramentación, de consigna, de santo y seña. Decían: ¡Salud y R. S.!

Sí, sí. Salud para resistir prisiones, transitar la tierra esclava, descender a la miseria y subir al sacrificio. R. S. para llegar al comunismo anarquista. ¡Salud y Revolución social!, querían decir.

Y tiritando en Siberia, el mártir volvió los ojos al sol, a la libertad, al pueblo y dijo: ¡Salud y R. S.! Y dando la espalda al vicio, aclarado en su destino, el trabajador leyó en la primera página de su periódico: ¡Salud y R. S.! Y enflaquecido de fiebre, loco de amor y justicia, el héroe hizo volar un tirano y subió a la horca o al tajo, gritando: ¡Salud y R. S.!

Y Kropotkin desde Londres, entre las brumas, y Malatesta en Italia, bajo los cielos sonoros, y Pedro Gori en la mar, sobre las crestas azules –los sabios, los fuertes y los poetas–, escribían, blasfemaban y hacían rimar sus estrofas: ¡Salud y R. S.! Y el rebelde en la prisión, el herido desde el lecho y el deportado desde el destierro, a la amiga y al amigo, a la madre y a la novia, sobre la masa de afectos que les enviaban, como sobre un tierno lacre, esculpían: ¡Salud y R. S.!

Y hoy que se alza sobre el mundo el sol de la libertad, compañeros proletarios, como nunca, como siempre, gritemos: ¡Salud y R. S.! Sí, sí. Salud para resistir el último encontronazo con los tiranos y Revolución social para implantar en la tierra nuestro comunismo anárquico. ¡¡Salud y R. S.!!

## REVOLUCIÓN SOCIAL

¡No hay paz, no hay paz! Esperarla de los amos es como esperar un beso de la boca de un cañón, una fruta de la vaina de una espada: ahí no hay más que hierro y plomo. Fuerza que debe contrarrestarse con fuerza.

mundo, que está al otro lado de Éste, matan o mueren, se cierran o se entregan con una impudicia que espanta.

Pero, ¡atención! No queremos compararlos con los mártires cristianos. ¡Ah, no! Aquéllos no sabían nada; eran inefables brutos; chorreaban simpleza humana. Éstos saben: son rematados cultos; chorrean inteligente cinismo. Había una furia de negación en los otros, que no pretendía la ganancia ni el engaño; en éstos hay una furia de fullería y de enjuague que quiere afirmar su triunfo a costa de cualquier vileza o trampa. Y la diferencia, que es entre saber e ignorar, es también entre lo repugnante y lo admirable.

Los primeros en reconocerle a Marx su aporte al conocimiento de la economía y la historia, fueron los anarquistas. Carlos Caffiero, contemporáneo suyo, extractó y tradujo *El Capital*, antes que nadie. Y Bakunin, su contendedor más acérrimo, no pensó en negarle nunca la calidad de su ciencia. Que no era tanta, como los marxistas creen, ni de ninguna manera original tampoco. Pero sistematizaba muchos conceptos y datos en una teoría eficiente. Y se lo reconocieron.

¿De dónde les nació, entonces, el repudio insuperable, que aun hoy mismo nos separa? ¿De qué rincón de la conciencia o la sangre? Bakunin se lo expresó, una de las tantas veces que Proudhon intentó reconciliarlos: –Tú sabes más que yo; pero yo soy más revolucionario.

Ahí es la cosa. Entre las aptitudes de ellos y las posiciones nuestras es el conflicto. Entre quienes creen que el hombre, que se forjó las cadenas, puede romperlas, contra quienes creen que el propio proceso histórico ha de hacer crisis en una liberación. Aquello obliga a la lucha por la dignidad humana, siempre más consciente y viva; esto obliga a un fetichismo hacia el progreso y sus técnicas, tan salvaje o tan grotesco como la fe en el Mesías.

No creemos, con Waldo Frank, que este mesianismo advenga de una secta o de una raza. Según él, porque Marx era judío, su tesis materialista no es más que un formal fraseo. Lo entrañable, que la nutre, es de vieja raíz profética. Después del industrialismo la libertad, no sería más, ni menos, que lo de Cristo, también hebreo y, como tal, mesiánico: Tras este valle de lágrimas, el paraíso...

No creemos. Es la doctrina. Es en ésta que va anejo el sometimiento tácito, sin esperanza, desesperante. Ella, la que fulmina y arrea a sus militantes, desde la altura en que, siempre, invariablemente, coloca a un jefe. Porque, donde hay dos marxistas, uno es quien manda. Ésa es la ley. Y, cuando son millones, ése es también el Estado. Los demás son materiales, de choque o base, que ése organiza o destruye, levanta o hunde. Haga lo que haga, ahí están ellos para justificarlo a ése.

¿Qué ocurre ahora? Lo de siempre del marxismo... No hace todavía un mes estaban, codo con codo, con los demócratas. A esta fecha, lo mismo, codo con codo, forman en la otra vereda. ¡Y tan tranquilos!

Al contrario de indignación o vergüenza, los topa usted y se los halla rezumando regocijantes albricias: –¿Se da cuenta, camarada? Con esta nueva política mandamos a los burgueses de Europa a exterminarse en la guerra. Después, sobre su exterminio, avanzaremos nosotros y... ¿Se da cuenta? ¡Ese Stalin!

¡Cinismo idiota! Porque no son los burgueses los que van a aniquilarse, sino los pueblos, los pobres. Y porque, aunque fueran ellos, los ricos, el triunfo de los marxistas sería la aniquilación del Hombre; la feroz esclavitud que impera en Rusia. La dictadura.

Es la doctrina. Es el Estado, en que adoran, que les factura esta mística espantablemente abyecta. Contra aquél y ésta, nosotros. Igual que Bakunin contra Marx. Siempre. ¡Toda la vida!!

La tierra tiene encantos de sirena, decía Reclus. Lo que hay –y esto sólo lo siente el que abre el surco o cría el árbol– es que más que hacer vivir de ella, con ella se convive, como con una hembra arisca y ruda que hay que hacer hermosa y tierna a fuerza de trabajos y caricias. Nos da lo que le encarnamos, y con sus donaciones nos remece el alma. Y si nos da poco y malo, no por eso la queremos menos. De esposa pasa a ser hija: por fea y triste, la queremos más.

El socorrido concepto del egoísmo y tozudez campesinos; cuando no es una incomprensión, es una blasfemia. El que habla de eso no ha trabajado la tierra. En ese peón desvalido o pequeño propietario que se resiste a entrar en las colectivizaciones que en Rusia imponen los bolcheviques, no hay una mala fe estúpida, sino un gran amor por una amada, que otros, sin amor, quieren gozarle.

El terrón no es la máquina con que el obrero produce cosas mecánicas. El talento será de éste; pero el fervor que irradia de lo que nuestras manos siembran y amparan, es del labriego. Aquél huye, más que se va, al finar el día, del taller o de la fábrica, como de odiosas cárceles; éste hasta quisiera dormir cobijado por las melgas, como semilla, o sobre los pastizales, como las bestias. La diferencia entre ambos es más de sensibilidad que de aptitudes; es la de estar en la vida con pasión o con desencanto.

Sobre uno y otro el Estado ha impreso deformaciones terribles; ya lo sabemos. Crean y producen bajo el mismo signo cruel, matador de todo estímulo. Pero, aun así, ese entrañable salario por el que el hombre trabaja, además que por comer, todavía lo percibe el campesino, mientras que el obrero ni lo recuerda.

La cuestión, entonces, no era de despojos ni de palos, como colectivizaron los marxistas de Hungría y Rusia. El problema no es solamente económico; es sentimental también. Su solución tenía que buscarse en la libertad. Y ahí fue donde la encontraron C.N.T.-F.A.I.

El celoso de su pedazo de tierra se la queda a amarla él solo; el que tiene la conciencia comunista, la comuniza... Y pasó como en la “La dama del mar”: al ver que no eran esclavos, los más torvos propietarios olvidaron el mío y tuyo; entraron todos en las colectividades. Y esto, mejor y más rápido que los trabajadores industrializados.

En plata: si algo pudiera extraerse de las patrañas marxistas sería esta sola verdad: la industria sirve al Estado, porque deforma al hombre; hiere de muerte el sentido de lo solidario y cósmico. Mientras que en las labores del campo va implícita la alegría de crear en base al apoyo mutuo y al libre acuerdo. Y esto no es cuento o leyenda: es viva historia en la vida de los labriegos españoles.

## LOS MARXISTAS

El saber no obliga a nada ni a nadie, cuanto a moral o conducta. Es una aptitud, no más, que no implica, ni con mucho, una posición buena ni mala. Por eso la fe en la ciencia es tan salvaje o grotesca como la fe en la leyenda.

O, tal vez, un poco más, aunque parezca que exageramos. No hay ni centros ni derechas que den, como las izquierdas, en que actúan –o actuaban– los marxistas, tantos y tan pueriles fanáticos. Nunca nadie creyó más en sus dioses y profetas que esta gente en el Estado y sus jefes. Nunca tampoco hubo siervos autómatas y secuaces más científicos. No nos cuesta confesarlo: cual más, cual menos, todos tienen “su” talento.

¿Qué les falla, que no enriquecen la vida con acciones o emociones de libertad o belleza? La posición, sobre todo: el hombre, que no comprenden, ni se sienten, ni se aman. Parecería que se odiaran, a tal punto se someten a los más viles y negativos martirios. En la esperanza de un

Mirad sus instituciones: están cercadas, como trincheras, de un alambrado de púas que viborea en las lomas o se hunde como un azote en los valles. Detrás de ellas, los corajudos burgueses se hacen fuertes. Una espesa nube cálida cubre sus ojos; es inútil, infantil, acercarse en son de paz, con bandera blanca; ellos lo ven todo rojo, teñido en la convicción de su prepotencia.

¡No hay paz, no hay paz! Mirad al pueblo: los hogares de los, pobres parecen tablas en un naufragio; pero no todos los naufragos lloran acobardados. Alguien entre ellos vigila, escucha y espera... Su oído, su corazón y sus nervios se abren, se estiran a recoger, sobre todos los tumultos, uno, bajo todos los silencios, algo... ¡Un indicio, una señal, un grito, y saltará al abordaje, al entrevero, a la lucha, un padre, una madre, un niño!

Y vagando por las vías, encerrados en las cárceles, sumidos en las más tristes miserias, los malos, los peores, los desechados de amor, de bien y de ensueños, comulgan todavía un credo. Sus labios secos de fiebre, hinchados de maldiciones o macerados de alcohol, se mueven, tiemblan y sangran como llagas; rezan. –¡Creo! Creo que hay una sola cosa capaz de regenerarme. Ella será como un volcán en mi vida; echará fuera de mí el pus, la ceniza, el lodo; surgiré limpio, fecundo, sano. ¡Creo!

¿Qué es esto?... ¡No es la paz, no, no es la paz! La humanidad de la Tierra y de los siglos se ha contraído en un espasmo de alumbramiento. Se huele el grito que viene y se oye el dolor que crece. ¡Es la Revolución social!

## EL FRENTE ÚNICO

Hace mucho, tanto tiempo, que deseamos todos esto: una acción conjunta y única... El pueblo, la masa mayor, inmensa, contra esta minoría de todo el mundo y de siempre: los burgueses... El aliento de miles, millones de hombres, de herreros, batiendo en un solo fierro, a una sola voz... ¡Sería la Revolución, la Social, pues!

Para los comunistas anárquicos, éste y no otro fue el fin de todas sus luchas. ¿Quién se atreve a negarlo ahora?... Son sus ideas, los peñascos de sus cumbres, los que al caer en la corriente del pueblo le han hecho alcanzar el nivel que hoy tiene. Su acción, su acero y su bomba, y esta confianza de locos en el porvenir del Hombre, es lo que ha herido a los amos, fundado la nueva sociología y empujado más allá de la casta, de la patria y de la clase, el anhelo de redención proletaria. ¿Quién lo niega?

¡Queremos un frente único! Todos los pobres –no sólo trabajadores, sino también vagabundos, presidiarios y haraganes: ¡todos!– contra este solo maldito mal: el Estado. ¡Así se hará, o no se hará jamás nunca, la Revolución Social!

Pero, ¿es de esto que ahora se habla?... Caudillos de sindicatos, electos al parlamento, *nonnatos* de comisarios del pueblo, decirlo claro: ¿es esto lo que soñáis?... ¿Queréis un proletariado unido contra el burgués, pero autónomo en su acción y libre en su iniciativa; o, simplemente, un frente de ejército único de cuyo seríais vosotros los generales, los capitanes, los instructores?...

¡Oh, la la!... Como otras veces, igual que siempre que hablasteis de unificar las fuerzas trabajadoras, lo que queréis es un bloque contra la idea libertaria, contra el principio de negación del Estado, ¡contra nosotros, vaya! ... Confesad que es la Anarquía el clavo que os hinca el culo y del que pensáis libraros levantando una muralla de pechos de proletarios entre vuestras nalgas y nuestra punta...

Para eso os amontonáis, mugiendo y graznando, gansos de los capitolios bolcheviques y bueyes de los pesebres del sindicato... ¡Sí, sí! Ante el rayo de este verbo que alumbró el escenario social y desata ideales de independencia entre el pueblo, hacéis lo que hacen las bestias cuando truenan y cuando llueve: ¡ponéis las ancas! ... Y a eso le llamáis frente único... ¡A las culatas vuestras!



## NIDOS DE BOMBAS

No hay novedad en el mundo. Dios sigue en las alturas y el diablo en los abismos. Cualquiera de ellos que se asomara a la Tierra, no podría menos que volverse bostezando: –¡Ta, ta, ta; siempre la misma música!...

Y así es, en la superficie. Somos no más que ediciones nuevas de libros viejos: hombres, hombres siempre. Sueños y angustias nuestros: ¿qué? ¿No fueron soñados antes, gemidas miles, millones de veces?... Remontes hacia el impíreo, descensos a los infiernos, el cantar de los cantares y el clamor de los clamores, la rebelión de Espartaco y la renuncia de Cristo: ¿qué?... ¿No está todo en el mismo arco del destino sonando en la misma caja de la vida?

Sí, sí, sí. No hay novedad en el mundo. Pero hay extensión, siembra a voleo, desborde de los torrentes a las llanuras. Eso se ve, si no se mira, a los hombres, como a libros por las tapas, sino como a almas, a sus ideas; no a su carne, que es un triste garabato sobre la Tierra, sino al espíritu que fluye de ella y llena abismos, azota montes, registra el llano, como un gran viento que llevara a todas artes una misma semilla de fuego: ¡la inquietud, la angustia, la rebelión!

Hay novedad en el mundo. El ideal se une con la fiereza, la voluntad se abraza con el ensueño. Job, el de las lamentaciones, canta, y Espartaco, el de la acción, medita. Entráis al cuarto del pobre y halláis, bajo su jergón, su libro, y bajo su libro: ¿qué?... ¿Un collar de amuletos, una estampa de Cristo, un frasco de aguardiente?... ¡No, pues; no! Halláis un nido de bombas.

¡Eh, tiranos! ¿Qué hombre nuevo se alza en vuestro esclavo viejo?... Toneladas de cartuchos bajo toneladas de literatura recogen diariamente los policías vuestros. Garras y alas, canciones y blasfemias, abrazadas, confundidas, juramentadas para este solo destino: ¡vivir libres o morir peleando!

¡Eh, dios! ¡Eh, diablo! ¿Hay, o no hay, novedades en la Tierra?... ¡Asomaos a ver esto!

## JUECES

Con el pie sobre el cuello de la víctima, el juez ya no ve sino sangre ni siente otra cosa que odio. Es una bestia confiada en su impunidad, y convencida, también, que eso la honra y la talla, la saca por arriba de los hombres como a algo grande, sereno y respetable... Sería curioso saber en qué abismante locura funda su creencia de ser superior al criminal que condena; con qué se lava las manos para no manchar a sus hijos después que mata; dónde pone la conciencia para dormir; cómo resiste, en fin, la tentación de ahorcarse.

En el fondo, todos los tribunales son lo mismo; todos los jueces. Y no variarán de esencias si, en vez de la burguesía, salen del pueblo. Sea de hierro o de cristal el frasco, el líquido autoridad hiede y envenena igual, si se le destapa y se le esparce. El poder de sentenciar: ¡ése es el crimen!

No hay derecho a matar nunca. Aunque hay, sí, el deber, a veces, de llenarse de dolor, cegar de luz y estallar de justicia. Pero esto es una defensa, no un crimen. Acto de héroe, no de bestias.

Entre los jueces del mundo, ningunos tan bárbaramente cínicos como los de Norte América. Éstos unen el fondo a la forma: su odio se abraza con su fiereza; su ceguera con su locura. Y así dan esas sentencias que quedan luego en la historia como obras maestras de infamia, como espectáculos que se recuerdan siempre con angustia y asco. El ahorcamiento de nuestros compañeros en Chicago, por ejemplo.

No menos bestial que aquél es el fallo recaído ahora contra Vanzetti y Sacco. Y con no menos

## LOS CURAS

El pueblo lo llama cuervos. Pero esto es una calumnia: calumnia al cuervo. Comparado con el cura, el cuervo es un ave real. Mora en el cielo, en el aire limpio. Se lanza sobre su presa como un carnicero sobre su res: belicosamente. Es fuerte. Y lo que arranca y se lleva, carniza o músculo, va a hacerse en él carne también musculosa. Fuerza.

¿De dónde salen los curas?... De donde salen las moscas: de abajo siempre y siempre de la carroña. De Cristo aquí, donde hay un cuerpo llagado o un sucio espíritu, ahí están ellos, no para airearlo o sanarlo, sino para hozar en su podre, aquerezar en sus llagas y, lo que es peor todavía, para alentar y dar forma a otras larvas asquerosas.

Como las moscas. Y mal ha de estar un pueblo, a punto de pudrición hasta en la piel de los dientes, cuando, de la noche al día, se ve cubierto de este enjambre necrofórico. Y ni lo aplasta ni espanta. ¡Muy mal!

¿Estamos así nosotros?... Estamos con cientos de obreros y profesores, periodistas y estudiantes, radiados o perseguidos o presos. Y con muchos miles de éstos en lucha franca y abierta contra el malón militar. Tan, tan podridos no estamos.

¿De dónde remonta, entonces, ese cardumen luctuoso?... Curas y curas y curas. Curas, ya no hasta en la sopa, como se dice; ahora hasta en los mingitorios. Y de derecha y de izquierda: de D'Andrea y de Copello. ¿De dónde?...

Nadie se llamea misterio. Los remontó el cuartelazo: porque así también fue siempre. Nunca se levantó un sable ni se desbocó un caballo, que no le siguieran ellos en un chorro zumbador y pegajoso. Olfatean la carne herida y la altivez pisoteada, y acuden a beber pus y a zumbar resignaciones. A aquerezar en las víctimas.

¡Ah, no! No nos asusta tener la vida llagada. También las llagas son bellas; tienen un color de aurora. Y el que marcha, sueña o piensa llaga su frente, su corazón y sus pies. ¡Vivan las llagas! ... Pero sin moscas. Con moscas ya sería lo último; la pudrición de todo. A aplastarlas, compañeros. ¡Campaña contra los curas!

## EL LABRIEGO

Una patraña marxista: la emancipación del pueblo vendrá sólo a través del industrialismo. Y cuando, como en Rusia, país de campesinado, se hace la revolución, otra patraña más: para acelerar la marcha sobre esa etapa fatal, la industria, es necesaria la dictadura bolchevique. En plata: palo, porque no te industrializas y, porque te industrializas, palo.

Campesino, obrero o técnico, la capacidad de convivir en un mundo sin tiranos ni parásitos, o está en el que padece a éstos, o no está en ninguna parte. Está, pues que si hay Historia de que se puede extraer algo más que embustes, es la de su ininterrumpido esfuerzo por emanciparse. Su vida es una espiral que no se cierra nunca, mientras que la de los amos ha debido cerrarse e ir a otras formas incontables veces. Son los Estados que se adaptaron al pueblo, y no éste a ellos. La decadencia está en el Poder, no en los proletarios. Tan cierto es esto que hasta los propios marxistas tienen que hablar en su nombre, y no en el de los gobernantes.

La rebelión en los campos no es más difícil ni menos sentida que en las ciudades. Es al revés: más fácil y menos prorrogable. Y ello, precisamente, porque sus hombres no están industrializados.

Aunque decir: no ha hecho nada, quizás sea mucho. Visto de otro ángulo, desde el que se ve lo inútil, es verdad que es un campeón pensando y haciendo todo; todo lo que puede hacerse en contra del que produce; hasta reducirlo a nada. Gracias a su obra campeona, en ningún orden o régimen cuentan el hombre de ciencia, ni el artista ni el obrero. ¿Conocéis alguna parte donde uno de éstos cuenta algo?... Como no cuenten sus penas, miserias y humillaciones... Para organizar el mundo sólo cuenta él: el político.

¿Es que es un técnico?... ¡No! La técnica, aun la del crimen, es pensamiento. Es pensar. Baraje o fulmine el rayo, te arme la máquina o te desarme la vida, es la mano al servicio del cerebro. Y mi calumniado, ¡no! En cuanto a eso es un tullido; no movió un dedo jamás. Pero administra y legisla.

Desde la raíz de la tierra hasta la copa del cielo, rehenchido está el universo, como un árbol, de estas tres potentes savias: la ciencia, el arte, el trabajo. Parecería que quienes han levantado su aliento desde tan bajo a tan alto debieran saber también cómo organizar el mundo de sus relaciones físicas, morales e intelectuales. Y no; no saben. El que sabe es el político.

¿No es esto estúpido?... ¡Ah, muy estúpido! Estúpido hasta dar risa.

## ACCIÓN DIRECTA

El anarquista es la acción directa. Es un obrero, y la idea es su herramienta. Ama su anarquía y sabe que el solo modo de hacerla amar por los otros es actuando su anarquismo.

Sabe también otra cosa: que él es un tipo todavía minoritario, de posición, casi siempre, opuesta a la mayoría. Y que esto no ha de traerle ni la gloria ni el respeto que a otros seres excepcionales, genios o santos, les trae, sino el escarnio o la muerte por rebelde o por hereje. Porque él no está por arriba ni al margen de los conflictos sociales, sino en la entraña de todos; allí donde la corriente es más caudalosa. Está con su acción directa.

No puede haber paz para él. en un Estado al que él le planteó la guerra. Ni puede 'ni le conviene. Su crecimiento en la Historia, como hombre nuevo entre los viejos hombres, y como creador también de un nuevo pueblo entre el histórico pueblo sometido y embaucado, es la feliz consecuencia de su posición siempre guerrera. De haber concedido algo, no sería nada. A la ceñida coherencia entre su ser y su hacer le debe toda su vida, tan hondamente dramática, como rica en eficacia. Sin su acción directa, que lo contiene entero, el anarquista hubiera muerto al nacer, como esos monstruos que, por no ser viables, mueren matando a su madre. Hubiera muerto con él a la anarquía.

Pero no es un monstruo, sino en cuanto a la incoherencia o pequeñez de los otros. Él es la guerra contra un sistema social monstruoso, planteada a fondo y con todos los peligros que la guerra implica: derrota, prisión, muerte. Que son tales solamente para quien se cree el principio y el fin del mundo; mas no para quien ve el mundo desde la obra que deja, la vida nueva que anima, los pensamientos de rebelión al Estado que en el pueblo alza.

Tenemos una doctrina, un plan de convivencia social y hasta un arte también, los anarquistas. Pero tenemos, a más, a quienes todo esto militan, encarnan, viven. Y éstos son los que levantan las huelgas, pueblan las cárceles, pelean y mueren por la anarquía: mujeres y hombres, generalmente ignorados. ¡Salud a ellos, este primero de Mayo! ¡Salud siempre a los compañeros de la acción directa!

cinismo seguirán sus juzgadores viviendo, aunque, después de cumplida la sentencia, la revisión del proceso pruebe que eran inocentes. Ni tuvieron piedad ni tendrán remordimiento.

Compañeros: Contra el derecho a matar de todos los jueces, alcemos nuestro deber de llenarnos de dolor, cegar de luz y estallar de justicia. ¡Contra la ley, la bomba!

## EL CIUDADANO

Va entrando a la hora de su auge este animal doméstico, buen levantador de piezas sobre las que se descarga la escopeta del político. Porque el elector es eso: perro atraillado que se suelta tras la pista del puesto público, la canongía oficial, el faisán o la perdiz, de cuyos él no conoce sino el volido y los huevos mondos... Sí que es bestia el ciudadano libre.

Y ya se acerca su día. De los sectores patricios empiezan a partir órdenes a capataces y mayordomos: cuidar los perros, gritarles a las orejas las fórmulas de combate, que las aprendan mejor que sus propios nombres. Y embravecercles, también, poniendo un poco de pólvora en su bazoña, de alcohol en sus aguas sucias.

Y el ciudadano bravea en su cubil o su cadena. Gruñe, ladra, muerde el viento. ¿Hay algo más importante que él sobre la tierra?... ¿Qué ha de haber, si de él depende —de la hediondez de su bofe y las babas de sus fauces— la felicidad de todos los habitantes de la república! ¿No hace él la ley y el gobierno? ¿Entonces?...

Y pavonea su estampa de hurón en trailla. Si lo sueltan, corre a gritar a las plazas, los comités y los teatros. Se aturde sin comprender y loquea sin destellos. ¡Sí que es bestia!

Delegar el poder es perderlo, decía Reclus... ¡Oh, perdón! Es más aún: es ser perro de la libertad ajena, del derecho de los otros, de la belleza que duerme o vela en la selva o en el monte. Es una inmoralidad y una barbarie, delegar el poder.

Sí, sí, pálidos u oscuros seres que desde la guardilla o la mina, encorvados sobre el surco o sobre el bloque, empapáis de claridades la tierra: es sólo contra vosotros que se organizan y se llevan adelante estas cacerías de votos. Tiran a vuestros ensueños de libertad los políticos, a vuestro esfuerzo fecundo los, haraganes, a vuestra vida: en total los cazadores burgueses. Y los “ciudadanos libres” no son más que sus jaurías, sus animales domésticos.

## BANDOLERÍAS

Sin duda que hay una alarma de simples competidores entre el gobierno y quienes le desconocen y operan contra su ley y su orden. Parecería que teme que le arruinen el negocio, que prosperen y levanten frente a él una tienda similar en bandolerías; de tal modo se apresura a blindarse hasta en, la piel de los dientes y a hacer gritar a su prensa todo el registro de sus fulminaciones. Cualquier castigo, reacción, escarmiento, le parece poco. ¡Bandoleros, bandoleros!

Pero yo sudo en mis surcos de la mañana a la noche, sueño sobre mis carillas años tras años, crío mis hijos, los alzo de sus pañales hasta que me pasan en estatura; trabajo, trabajo... Y un día llegan la leva o el recaudador o el juez, patean mi puerta y me lo quitan todo: la libertad de escribir cosas que no les convienen, el mejor nutrido grano de mi cosecha y hasta el muchacho que he criado y que es como un brazo nuevo en mi cuerpo viejo. Necesitan mi silencio, el producto de mi esfuerzo, la carne moza, el retoño nacido al pie de mi vida. Y hay que dárselo, no más, pues si protesto o me niego me llevan a mí también, me arrancarán como a un árbol de raíz para hacerme secar en sus calabozos. ¡Bandoleros, bandoleros!

¿Hacen más los que, al decir de los diarios, en Santa Cruz y el Chaco, asaltan las estancias y

los comercios, comen, beben y se llevan camiones y caballadas? Hacen menos. Protestamos que ésa es una competencia de minoristas frente a las bandolerías en gran escala y de todo el ramo que realizan los gobiernos. Los dueños legales de eso ni sudaron en los surcos, ni soñaron libertad, ni hicieron más que apropiarse lo que pertenece a todos. Eran sólo propietarios, bandoleros protegidos por la ley, hijos donde otros son entenados.

Digámoslo de una vez: bandolero es ser patrón, presidente de república, diputado o general. Esas sí que son bandolerías de órdago. Las otras, ¡bah! ...

Estamos con toda el alma con esos bravos muchachos que bandolerean al Sur y al Norte, en las selvas y en las pampas. Si bajaran hasta aquí, ahora que empiezan las campañas electoras, los harían candidatos de algo. Seguro, no saldrían nada, como no saldrían de pobres bandolereando; pero gritarían tanto burgueses y socialistas competidores. Y, si salieran, paciencia; peor para ellos. Serían gobierno, entonces. ¡En vez de bandoleros, bandolerezos!

## LOS REYES MAGOS

Hay una serie de farsas que lo barajan al hombre no bien nacido, y que no lo sueltan más, hasta que muere. Crecen con él, se lo pasan de la mano, y no lo dejan sino en la boca del hoyo. Y ahí todavía, y en honor de sus “sagrados despojos”, le hacen la última, letanía o discurso; la fantochada póstuma.

“Los reyes magos” es una de éstas, pero no la primera ni la segunda. Antes están la cigüeña, el coco, Dios. Después, la patria, la ley, las jerarquías sociales... Con un solo embuste de éstos, bien remachado, tenemos un embustero, tan malo de la cabeza, como bueno de la voz o de la pluma; un disco o un loro.

Asusta oír cierta gente. cuando se larga, sin control ni prevenciones, a decir lo que es para ella la noble verdad desnuda. Es un descarte que tira de espaldas. ¡Cuánta inocencia! Pero no de esa inefable y porosa de los niños, como un terrón que todo lo germina; no. De la otra, torpe y grotesca; de zanguangos que no han podido pasar de los primeros palotes.

Como al alcohol y al veneno, igual se acostumbra el hombre a asimilar la mentira. Y una vez hecho su estómago, traga ya, sin morir de asco, hasta un escuerzo. Y lo digiere y deyecta para que lo traguen otros.

De estas deyecciones tuyas son también “los reyes magos”. Y hoy es el día que los chicos, después de soñar con ellos, se despiertan como flores que esperaran un cortejo de mariposas. Esperan esos juguetes que sus calzonudos padres les han mentido que les trajeron aquéllos... Y, si lo creen, ya son tontos; y si no lo creen, y se hacen, ya son unos mentirosos.

¿Decís que luego, o mañana, no se acordarán más de esto?... No sé. Pero sé otra cosa: que ahí comienza la mentira, el escamoteo alevoso de la verdad que, sea sapo o estrella, es más poética que cualquier leyenda de dioses o hadas. Sobre esa primera farsa se amontonarán las otras, como en una corola las orugas puercas: la patria, el amo, la ley; toda la serie, y a cual más idiota. Y así hasta el hoyo.

## UN CANÍBAL

Hoy hay muy pocos capitalistas de hombres; quiero decir que posean una cantidad de éstos, de cuyas vidas sean amos, como de las de un rebaño. Es casi un sueño creer que al pisar en los Estados de un Gran Kan, o de un príncipe rabudo, éstos nos harán saltar, como corchos de los frascos de un buen vino, unas cuantas cabezas de esclavos para honrarnos. Ya no hay más po-

Ahora... Ahora tampoco les van a ganar de mano. Los primeros a embarcarse, las primeras a prenderse serán también las primeras y primeros que salten y que disparen. Ya están prontos. Ya hay que oírlos en corrillos de cafés, camarines y cenáculos: echan putas o hacen coñas, no sólo de coroneles y generales: de todo; de la armada y del ejército y de la aventura idiota.

Intelectuales; artistas; pulgas de perro; ratas de barco. ¡Sabandijas!

## CON LOS REBELDES SIEMPRE

Nosotros, anarquistas, no podemos olvidar, ni aun en aquellos momentos en que una negra derrota nos llama a la *prudencia*, al hombre valeroso y arrojado que cayó por la Anarquía. No debemos extraer de su caída otra cosa que voluntad solidaria. Afirmarnos en su acción para volver a paramos.

Decir que cayó porque fue iluso, o porque, imbuído de un entusiasmo teatral, sacó el brazo o el pecho más allá de esta línea o de aquella experiencia es, no sólo cantar al desánimo, sino algo más feo: declararnos superiores. Derrotarlo más aún. Pegarle porque es caído.

No debemos hacerlo. Ni ante ese hombre ni ante las multitudes. Éstas también, muchas veces, avanzan sobre nosotros, a destiempo. Juegan libertad y vida por causas que nos parecen mezquinas o de planteo inoportuno. Por el triunfo de una huelga que, al fin de cuentas, las dejará como estaban, asalariadas, o por reacción instintiva contra una vulgar infamia que les golpea en la cara, atropellan y se hacen diezmar. Ir luego a los cementerios a plañir que estaban locas, o a las cárceles a dictarles cátedras de cordura es, todavía, más que feo, repugnante.

La rebelión, individual o del pueblo, no será, estamos de acuerdo, la revolución, pero es su nervio y su esencia. Es el sentimiento de ésta, sin el cual no hay anarquistas ni habrá Anarquía. De ella hemos partido todos, partirán siempre el hombre y las masas, y no de nuestras consignas. ¿Qué podríamos reprocharles?... ¿Que su caudal de indignación y coraje es más hondo e irrefrenable que el nuestro?... ¿Que el dolor les duele más y la injusticia les es más injusta? ¡Linda cosa!

Nunca tenemos más jefes y catedráticos que cuando estamos en el suelo. Todos somos excelentes para acaudillar carneros; muy pocos para enseñarles que tienen cuernos como los toros; menos aún para atropellar con ellos y romperlos donde ellos se rompan. Los esperamos de vuelta para decirles, a los que llegan desangrados y deshechos, lo que alguien les dice a los obreros y campesinos de España: “la revolución perdió lo que tenía que perder”... Que es decir: los que yacen en cementerios y cárceles por la intentona de Asturias, que revienten y se pudran por estúpidos.

¡Coño, sí! Hay que sacar lecciones de las derrotas; pero no de posibilismos y de consignas, sino de audacia y conciencia. De solidaridad más firme con los caídos y de redoblada acción al lado de los que quedan. No para hacernos sus jefes, sino para ser, más que nunca, sus compañeros. ¡Con los rebeldes siempre!

## EL POLÍTICO

Desde lo que se plasma bajo los puños hasta lo que se enciende sobre la frente, todo es pensar. Pensamiento. Trabajador, poeta o sabio, el que hace o crea es porque piensa. Y hasta ahí las cosas van bien. Pero luego viene lo otro: el comercio o el destino de esas obras o creaciones, y aquí comienza lo estúpido. En esto ya no interviene el creador, sino el parásito; no el que siempre todo lo hizo, sino el que nunca ha hecho nada: el político.

de la vida que no se entrega sino tras una encarnizada batalla. Hasta el último soplo es para la pelea y para la esperanza.

La vida sólo es violencia cuando está enferma. Lo mismo en el individuo, al que le sube la fiebre, que en el Estado, que cae en la dictadura.

Fuego en las venas o fuego en los fusiles, no revelan ni salud ni coraje, sino instintos de conservación desesperados.

Son éstos que reaccionan, editando ante el peligro sus más ocultas fuerzas. Ni más ni menos que el dueño del taller o de la estancia, que delega en el capataz, insensible a las sugerencias de la justicia, que serían su muerte, la defensa de su vida de parásito. Es el sicario, el negrero, el bandido asalariado, anónimo hasta ese instante y ahora munido de la suma de poder, mando e impunidad. El burgués está detrás, escondido y temblando, pero listo también para, una vez acalladas demanda y protesta, escamotear la violencia de sus dominios; como se escamotea, de la cabecera del enfermo que cura, la droga repugnante.

El gobierno de los pueblos ha caído en las garras de los capataces de los burgueses. Nadie podría afirmar y el que lo afirme miente, que hay un solo dictador cuyo volumen de genio o de audacia se destacara antes de este momento de crisis y moribundez burguesas. Ocultos, inéditos, anónimos, sólo la enfermedad del Estado ha podido revelar siluetas de una mediocridad tan flagrante como las de Mussolini, Machado, Uriburu, etc. Del profundo ser burgués han avanzado, no como inteligencias, sino como instintos, para defender la vida de un sistema que no se va a entregar sino tras la más sangrienta y encarnizada batalla.

Y esto era lo que se quería demostrar. No hay dictaduras transitorias ni gobiernos provisionales. Hay sólo una burguesía que no quiere morir y enfila contra los pueblos la barbarie de sus capataces. De nosotros depende su suerte: Si nos humillamos, vive; si la atropellamos, muere.

La vida sólo es violencia cuando está enferma. Y la nuestra está también enferma de servidumbre. Para curarla, todos los medios son igualmente sagrados y buenos. De lo más hondo del ser yerga cada uno la más viril, contundente y audaz reserva de energía que posea: la oración o el grito, la barricada o el dinamitazo.

¡Por la libertad! ¡Por la justicia! ¡Por el comunismo anárquico!

## ¡SABANDIJAS!

Los primeros que suben al barco no son ni su capitán ni sus tripulantes; son los ratones; suben en el astillero. Y cuando la perra pare, los primeros a recibir el cachorro, o la cachorra, no son tampoco ni el amo ni el perro padre, sino las pulgas; saltan a ellos desde el suelo o desde su perra madre. Por sobre toda miseria o cualidad de sus vidas, prima en estas sabandijas la condición alevosa y madrugadora: siempre han de ser las primeras a prenderse, los primeros a embarcarse.

¡Sabandijas! Pero ahora no lo decimos, precisamente por ellos, los ratones y las pulgas, sino por otros, mujeres y hombres, que los emulan con idéntica presteza e igual cinismo: por la tanda intelectual, periodistas, dramaturgos y poetas; y la otra tanda: la histriónica de los actores y actrices. Las primeras y primeros a embarcarse y a prenderse en el malón militar.

Ellas y ellos: los primeros. Con decir que les ganaron de mano a los caudillos de comités y obreristas... ¡Ya es decir! ¿Quién los llamaba, y a qué? Nadie, ni nada de su oficio o de su arte. Condición suya, no más, advenediza y logrera. Condición de sabandijas.

¿Y ahora? Porque ahora, hasta los propios milicos están de acuerdo que el patacho les hace agua; que el can revienta. ¿Y ahora?

tentados de esta clase. Nadie tiene ahora un cautivo para darnos; para hacerlo andar al trote hasta el matadero próximo y satisfacer allí nuestros deseos de crueldad y de sangre.

El primero y el más fuerte capitalista de hombres ha sido el jefe caníbal que poseía un rebaño para su mesa. “Ve –decía él– y prepárame el almuerzo”. Y el salvaje iba y le asaba, entre dos piedras ardientes, un prisionero vivo. Pero este rico fue empobrecido hace mucho. Los últimos que quedaban eran los rumbosos reyes del Dahomey y los Anchastis, que poseían los súbditos al solo fin de darse degollaciones de homenaje. Fueron depuestos por Inglaterra y por Francia. Y parecía no haber más...

¡Pero había! Teníamos uno aquí mismo. Un caníbal con el poder de ultimar hasta 1.600 hombres de una sentada. (Justo el doble de lo que, el más glotón antropófago, tenía por toda su vida; pues que, a lo sumo, su haber era de 800)

¿Quién posee tal riqueza, constituida por el dolor y la sangre, los sudores y los fríos de la agonia de tantos seres humanos?... ¡Llor a la patria argentina! Un solo capitalista en la redondez del mundo: ¡el Teniente Coronel Héctor Varela!

Él convirtió Santa Cruz en un país dohemeyano. Lo que cazaba era suyo. No había más que acercarse y apartar de sus cautivos huelguistas los que de ellos se deseara, y sin temor a pasarse en cuanto al número. “Vayan –decía–, diviertan a este señor”. Y sus soldaditos iban; iban a volar las vidas de los obreros como corchos de los frascos de un buen vino. Y así es como ahora cuenta en su haber hasta 1.600 fusilamientos...

Y tanta gloria debía tener su contra... Se habla de elevar allá, sobre las tierras del sur, que sé yo qué monumento a “sus” pacificadores. ¡Injusticia! Corazón y cerebro y voluntad de esa patriótica hazaña, fue él solito. ¡Solito él! Él, el que emuló, doblándolos, a los más rumbosos capitalistas de hombres. Él. Sólo él: Héctor Varela. ¡El caníbal!

## EL PROGRAMA

Esto parece endémico. Cada vez que nuestras cosas prometen un desarrollo más amplio, se aprestan a entrar a actuar en más vasta escala, de los labios de los propios compañeros se nos viene esta solicitud angustiosa: ¡Un programa! ¡Den un programa al pueblo!

Confesamos que antes de ahora ello nos tomaba de sorpresa. Con las muñecas calientes de machacar en un solo punto durante años, sin ojos para otro objeto que la tarea, llenos los corazones de un entusiasmo loco, pequeños, es la verdad, pequeñitos ante la mole que habíamos atacado y que veíamos, sin embargo, caer deshecha por momentos, abriéndonos paso hacia otra, esa palabra – ¡el programa!– nos paralizaba en seco. Era un balde de agua.

Porque es humano. Quien se cierra para una dada labor y enfila todas sus fuerzas a un determinado fin, pierde o inhibe, al menos temporariamente, muchas otras facultades que cree él que, para la causa a que se dio y en la que está prendido, son secundarias. Así el que apunta, no oye; el que oye bien, ve poco; el que camina mirando al cielo, casi siempre tropieza en la tierra... Estábamos trabajando por el comunismo anárquico. Y ¡el programa! nos volvía a una realidad que de primera intención no alcanzábamos a oír, a ver, a abarcar. ¿Cómo?... ¿Qué?... No entendemos, compañeros.

Tal fue cuando el centenario: éramos ochenta mil hombres en la Avenida, listos a todo, y nos disolvieron; no los patriotas, no, sino aquellos propios nuestros que gritaban angustiados: ¿Dónde van sin un programa? ¡El programa! Y cuando el auge bolchevique, con todo el proletariado de pie, esperando la voz que lo llamara a la lucha, nos pasó igual: nos ofrecieron para redactar un diario –el que fue luego “Bandera Roja”–, y no pudo ser tampoco, porque Antillí no

sabía de qué le hablaban cuando le pedían un programa... ¡El programa! Y ahora, ¿qué es lo que salen diciendo de nuestro primer congreso algunos compañeritos? Que ha sido un fracaso, puesto que no ha elaborado ningún programa... ¡El programa!

¡Diablo con el programa! Nos ha dado tantos sustos que hemos terminado por detenernos a ver qué es él, seriamente. Estamos al cabo. El programa que nos piden a nosotros, primero con buenos modos, después a gritos, es... ¡el de ellos! Y lo más curioso aún es que ya lo tienen concluido, listo, cuando vienen a clamarnos: ¡El programa! ¡Den el programa!

Sí, lo tienen. Lo tenían cuando el centenario, cuando la revolución de Rusia y hasta cuando la asamblea del mes pasado. Un programa que no era, precisamente, de libertad, de actuación franca y derecha del comunismo. Un programa que es la muerte de la libre iniciativa, la entrega en las manos suyas de lo que los anarquistas hemos trabajado durante tan largos años en el país: ¡la Anarquía!

¡No puede ser! ¡No nos asustan más! Volvemos a nuestras fiebres, a hervir como marmitas de bronce sobre las trébedes rojas de nuestros músculos, y a repartir a jarros la propaganda. Y el día que nuestras cosas prometan un desarrollo más amplio, actúen en más vasta escala, llegue la Revolución, en fin, entonces, ¡oh, compañeros!, sólo un programa queremos: hervir aún más, hervir hasta quedarnos sin gota, hervir hasta volarnos de nuestras trébedes hechos campanas. Y astillarnos y rompemos llamando al pueblo a la libertad. Ese es nuestro programa. ¡El gran programa!

### “CAMISAS NEGRAS”

No bien llegado al poder, tras una revolución, el general Huertas, de México, llamó ante él a todos los opositores –caudillos, periodistas, diputados–, y les dijo: “Caballeros: hasta hoy el gobierno los ha dado pan o palos, según que se sometían o se rebelaban. Conmigo se acabó el pan”...

He aquí, pues, un precursor de Mussolini, un “camisa negra” americano. Lo recuerdo con la secreta esperanza de que se le haga justicia; de que, a lo menos, su nombre, ya que no su cuerpo de orangután, ha tiempo disuelto en lodo o betún, vibre o brille junto a esa constelación cesárea que alumbraba ahora el escenario italiano. Es justo y es oportuno.

–Caballeros: esta cámara puede durar dos días, o dos meses, o dos años; ello depende de cómo os comportéis frente a mi gobierno. Pero, de todos modos, no os hagáis ilusiones: estáis vencidos, y no tenéis más derecho que los deberes que yo os imponga.–Esto ha dicho Mussolini al Parlamento.

Ha dicho más, que no le reproducimos, porque ello es, precisamente, la parte floja, la grieta de decadencia del espíritu sintético y contundente de Huertas. Farolerías tenorinas. Lo esencial, lo virtual, lo medular está todo en lo transcripto y, compendiándolo un poco, cabe bien en aquella frase histórica: conmigo se acabó el pan.

¡Se acabó el pan!... ¿Comprendéis la alarma de socialistas, republicanos, católicos y los demás tiburones jefes de tiburoncitos?... ¡Se acabó el pan!... Turatti se pasa a Bélgica, el fraile Sturzo renuncia a la política, Nitti se larga a América... ¡Se acabó el pan!... ¡Accidente!

Sin embargo, no es para tanto tampoco. Pan y palo, y palo y pan son la diástole y la sístole del gobierno. Diputados, periodistas y caudillos, por más opositores que sean, recibirán siempre su porción de unos y otros. Dulce y amargo. Cinco y cinco. Como cinco de yerba y cinco de azúcar.

Éste es la víctima; pero no sólo de la pena que le infligen los perversos, sino también de aquellos “hombres honestos” que no han deshonrado en ellos toda la legalidad. Ésta es la palinodia que hay que cantar frente a los delincuentes. Todo puritano, aunque se diga anarquista, es en el fondo un legalitario; como toda mujer que se envanece de la castidad de su alma, es en el fondo una burguesa. Su capital de virtud, como el del burgués, de oro, está hecho de la desventura de sus hermanas; es este lodo infecto que alimenta su bella planta, la flor de su pureza delicada.

El delincuente es un despojado de su honradez; la prostituta es una desposeída de su amor virtuoso. Un anarquista frente a ellos nunca puede preguntarse si son buenos o son malos, sino atraerlos al foco de sus reivindicaciones contra los burgueses y contra las burguesas. Reparto y reparto de todo; si aquí, en el mundo de la delincuencia, faltan muchas virtudes, es porque en los que lo persiguen, y, lo que es peor todavía, en los puritanos, sobran, sobran hasta corromperles el alma.

Mujer caída, befiada de todos: si habría de hacerse una tabla para valorizarte, diríamos: siempre eres más humana que una virgen, como ésta es menos zorra que una monja, como ésta nunca es de sentimientos tan corrompidos como una presidenta o una reina. Es tu savia caída en el fango que nutre esas plantas. Eres una despojada. Quien toca a ti toca el despojo. Quien sea hombre tiene que ayudarte a erguirte contra las despojadoras.

En verdad que debemos deshonrar muchas cosas en nosotros, si es que queremos honrar la verdadera justicia. Sin esto tampoco nunca nos comprenderán los deshonrados. ¡Menos virtudes legales; más militancia anarquista!

### REBELIÓN (1930)

El rebelde es una roca entre el barro. Todas las salpicaduras que el lodazal que le rodea escupe, se estrellan en su mole y chorrean por su flanco. Pero ni una lo penetra ni lo mancha; todas juntas son impotentes para desvalorizar su valor de piedra, de fuerza limpia que se abre paso entre la debilidad inmunda.

Al rebelde le es tan fácil tenerse erguido entre el barro, como volar al ave o florecer a la mata. Limpio es el vuelo del pájaro, limpia surge la flor sobre el tallo; limpia, como corola o volido, brota, del que es anarquista, la rebeldía. Y contra de esta limpieza, consustancial a su vida, no hay infamia que pueda ni inmundicia que valga.

Están perdiendo gargajos, que harían mejor en tragarse, los sapos que nos escupen ahora. Periodistas, policías, militares, todos juntos, pueden chapotear su lodo y salpicarnos de sus basuras. El *anarquista asesino*, el *delincuente anarquista*, el pueblo sabe que es la única cosa limpia, erecta y firme en medio del lodazal que lo degrada y lo ahoga. Y desde el fondo de su alma, de su angustia honda, saluda a su acto rebelde, como de noche, el perdido en un desierto saluda la fogarata que anuncia que no todas son bestias traidoras; que hay también hombres.

Éste es nuestro momento, anarquistas. Con alegría de fuego en la noche, con firmeza de roca en el barro, con limpieza de vuelo de ave, brote, téngase derecha, cruce el espacio la acción rebelde. ¡Rebelión, rebelión, rebelión!

### CAPATACES

Todo organismo vivo posee reservas ocultas e inéditas que sólo revela o edita cuando la enfermedad o la muerte lo rondan y amenazan. Del profundo ser avanza, militante furiosa, la defensa

## HABLAN LOS MUERTOS

Nadie, ni el pobrecito Taboada, para el que el dinamitazo habrá sido como un rayo, sintió la llamarada en el rostro y el sacudón en la entraña que nos deslumbró y nos sacudió a nosotros al recibir, camino de la prisión, la noticia de las bombas. Porque nosotros sentíamos, desde hace meses, el corroer de los ácidos sobre el tabique de corcho. Porque nosotros veíamos forjar el casco, rellenarlo de explosivos y ajustar las tuercas. Porque nosotros oíamos el paso de aquel que nadie conoce, de aquel que marcha con su cilindro frío en la mano, como un muerto con su lengua muda en la boca. Porque nosotros esperábamos...

¿Sabéis qué es esto: saber que la fatalidad está en pie y avanza?... Y la angustia que ello implica en los días y las noches del hombre que ama a los hombres, aun a los más miserables?... No lo podéis saber si no sois anarquistas.

Y nosotros lo sabíamos. Procesadnos ahora, jueces. Hundidnos en las mazmorras; arrojadnos al redondel de vuestras bestias patriotas. ¡Yo lo sabía!

Sabía que hablarían los muertos. Que más abajo de las grandes palabras de Sacco y de Vanzetti, de France y de Debs, había otras, aún más grandes; que al fondo de los sollozos de Rosina y de Luisa, había un mar de llanto; que la pena de Dante, el niño, y de Malatesta, el anciano, sería una sombra de muerte que seguiría a todos, a todos los hombres de trabajo. Sabía que con las limaduras adheridas a las uñas de los herreros, con el cemento que polvorea las blusas de los albañiles y el resplandor de todas las herramientas, se estaba forjando un casco —¿sólo uno?— a cuyo seno confluirían todo el dolor y la ira que desatasteis vosotros —¡oh, burgueses!— sobre el mundo. Y otra cosa más sabía: que un desconocido iba a recoger aquello para ir a hacerlo estallar frente a vuestras cajas fuertes. Porque tenéis la cabeza llena de oro. Porque ahí tenéis la cabeza iba a romperlos los típanos.

Nadie, ni el pobrecito Taboada, sintió la llamarada en el rostro y el sacudón en la entraña que nos sacudió y llameó a nosotros, al saber, camino de la prisión, que, al fin, habían estallado aquellas bombas. Porque nosotros sabíamos y esperábamos. Sabíamos que habíais puesto de pie y en marcha a la fatalidad y esperábamos y esperamos sólo cosas fatales. Bienaventurados vosotros que nunca sabéis ni esperáis nada.

¿Daréis con el autor ahora?... Tampoco. Aunque apresarais a todos los anarquistas del orbe, a ése no lo apresaríais. El que no ve su crimen, tampoco ve su castigo. Él pasará ante vosotros con su bomba invisible en la mano como un muerto con su lengua muda en la boca. ¡Pero los muertos hablan!

## DELINCUENCIA

¿Son buenos los delincuentes, o son malos?... ¿Qué puede importarnos eso a nosotros, compañeros?... Esta duda, que debería plantearse el juez, y que nunca se plantea, tiene que ser superada por nosotros, absorbida en la llama pasional de nuestras vindicaciones: son víctimas.

Sin caer en sensiblerías frente a los que hacen ilegalismo, podemos afirmar que son siempre mejores que los que los castigan. ¿Tablas para valorizarlos?... Si alguna podría aplicarse, debería ser ésta: el llamado delincuente es más humano que el vigilante, éste menos perro que el comisario, éste todavía menos bestia que su jefe y, en fin, este último nunca tan canalla como el presidente de la república o el rey del reino.

El que encarna el poder, encarna el daño. Los demás son simples grados, eslabones de una cadena que termina en una argolla que aprieta el cuello del que cayó más bajo. Éste hace el gasto de la bacanal de sangre y lágrimas en que los otros se ahitan, con su miserable vida aherrojada.

¡Ay, si! El palo, el palo seco, el palo toda la vida, sólo lo recibe el pueblo. Él, a favor y en honor de quien, a crearle a los dictadores, se hacen esta clase de revoluciones. Fue así en México, con Huertas; así es con Lenin, en Rusia, y lo será así también con Mussolini, en Italia. ¿Por qué ha de ser de otro modo?...

Ese italiano camisa negra no va a ser más que el ruso camisa roja, ni el mexicano camisa sucia. Será el Poder. El Poder, cuya esencia no varía, sino en su apariencia física, con las encarnaciones que sufre. El Poder, que tiene, tuvo y tendrá sólo una cosa que darle a los descamisados: ¡palo; más palo; palo siempre!

## MAÑANA

El día, lejano o próximo, que la Revolución baje del labio al puño, de la idea al hecho, de flor de ideal a raíz de vida, nosotros, los anarquistas, tenemos que preocuparnos por que ella sea lo más profunda y extensa. Por que vaya más allá de nuestras fuerzas y nuestros sueños. Por que nos pase y nos burle, como se burla, pasándonos, el árbol del que pusimos la semilla en tierra y que luego no alcanzamos ni en su copa ni en sus aves.

Preocuparnos de esto, sin miramiento a otra cosa. Caiga todo, destrúyase cuanto ha creado el hombre esclavo y aparezca y organice el monstruo nuevo; el monstruo de la audacia libertaria. De él, y no nuestro, será el mundo, mañana.

¿Qué sucede ahora?... Aún no quemamos el primer cartucho y ya estamos cavilando cómo vamos a comer cuando la Revolución triunfe; y hasta cómo se hará el pan, quién nos lo traerá a la mesa y con qué le pagaremos al panadero. Nos preocupa, desde ya, el debe y el haber futuros; ese debe y ese haber que fue, según Kropotkin, el principio de esta sociedad burguesa; sociedad de bandidos. Queremos cambiar de vida, como actualmente de hogar; con las costumbres y hasta con los cachivaches.

Y no. La Revolución será un estado de conciencia nuevo, inusitado, hasta parecernos quizás salvaje. Creará un sentido ideal, un ambiente alucinante del que no tenemos ni memoria ni idea. Y todo habrá que hacerlo dentro de ese medio, como hacen su nido los desposados pobres, sin más riqueza que su fe ardorosa. Los desposados de entonces serán la libertad y el pueblo.

Amenazan con el hambre y con la muerte para mañana, si hoy no disponemos todo de modo a no interrumpir la producción, la distribución, las relaciones, en fin, de la ciudad con el campo. ¿Y quién afirma que a los hombres nuevos van a cuadrarles los negocios actuales nuestros?... ¿Valdrán menos o más que nosotros, ellos?... Valdrán más, y, sobre todo, querrán saber muy poco de nuestras miras sociales, tablas de moral y valores económicos.

El hambre y la muerte... ¡Diablo! Con la mano en la conciencia, compañeros: ¿qué lloráis de la fracasada Revolución rusa: las víctimas que hizo o los ideales de libertad que no pudo cumplir? ¡Éstos, éstos!

Si la especie humana tiende, naturalmente, a conservarse, si la Anarquía es consustancial al hombre, si el comunismo es el único sistema en que ella puede vivir y, finalmente, si la sociedad burguesa es mala desde su base a su cúpula, sólo un cosa nos corresponde llegada la hora revolucionaria: hacer con todo lo actual —costumbres, ideas, DEBES y HABERES— lo que se hace con los dados sobre la mesa cuando se empieza otra partida: trastocar posición y valores, lanzar al pueblo a través de la tierra a la busca de su ficha original, la nueva, la libre. Y que empiece a vivir.

Por lo demás, eso hará, y no otra cosa, la Revolución Social. Los hombres que de ella surjan irán más allá de nuestras fuerzas y nuestros sueños. Nos pasarán burlándonos. Como el árbol del que pusimos la semilla en tierra y que luego no alcanzamos ni en su copa ni en sus aves. ¡Así sea!

## ASCO

Se ha presentado al Congreso un proyecto restableciendo la pena de muerte. Esto viene al filo de los asaltos, asesinatos, verdaderas orgías de sangre que nos ofrecen a diario algunos locos estúpidos. Suelta la bestia, con las bridas rotas y el apero de la ley en las verijas, se la piensa tener con cuatro tiros.

Nosotros no sabemos nada. Ya no sabemos siquiera qué es mejor para la mayoría de los hombres, si la pena de muerte o la pena de vida. No vemos otra cosa que barbarie y cinismo. Y no es horror, sino asco, lo que nos tupe el cerebro y nos vela los ojos.

Sí. Horror podríamos sentir ante los criminales, pero esto está superado por el asco que nos causan los burgueses. A la madre de un bandido tendríamos, en última instancia, que decirle llorando: ¡mira lo que hemos hecho de tu hijo! Pero a la madre de un juez, un carcelero o un verdugo, ¿qué le diríamos?...

Éste es el caso, el clavo de fuego que nos taladra la entraña, mientras alrededor la sangre corre, salta, espumarajea. Y ante la sombría inminencia de la sanción de esa ley, lo único que sentimos es que una bocarada más, un hipo sangriento nos será escupido al rostro. ¡Qué asco!

¿Remedio heroico, decís; amputación necesaria del miembro gangrenado para salvar el cuerpo sano? ¡Mentira, farsa! ¿Qué?... ¿Somos niños o idiotas, sordos o ciegos que nos decís también eso? ¿Qué?... ¿Nos haréis creer ahora que os preocupa la salud ajena, el respeto a la vida del pueblo? ¡Ah, no, burgueses; no!

En la soledad febrosa de nuestras noches oímos escupir a nuestros tísicos los pulmones que vosotros les rompisteis. ¡Sangre! A la claridad del sol, las manos de los obreros se desnudan de su piel como vosotros de vuestros guantes. ¡Sangre! Dentro de vuestras prisiones, los carceleros arrancan la confesión que quieren junto con las uñas, los dientes y los cabellos de los presos. ¡Sangre! Una sola cinta roja brilla al cuello de toda esa juventud que alojáis en vuestros cuarteles fétidos; es la señal de la muerte, el signo de la fatalidad que les espera. ¡Sangres! Y en nuestros cuerpos exangües, sobre la claridad impávida de nuestros pechos y nuestras frentes, ¿no sentimos que nos hinca y que nos quema la lanza farisea de vuestros jueces y vuestros polizontes? ¡Sangre, sangre!

Tábanos en nuestros flancos, chinches en nuestros Jergones, lobos hambrientos tras de los rastros de todos los que atraviesan vuestra sociedad salvaje, ¿nos diríais también, ahora, que nos defendéis la vida matando a los criminales?... ¡Ah, no, burgueses; no! Todo el horror que queráis ante esos locos estúpidos; pero, ante vosotros, algo mucho más profundo: lo que hace cubrirse el rostro, subir la entraña a la boca. ¡Asco!

## NOSOTROS, LOS ANARQUISTAS

Tenemos un ideal ultra, de justicia, irremplazable. Dentro de él caben hasta los sueños más líricos, esos que tocan el sol y flamean gentiles sobre las nubes. Hemos hendido el futuro, la puerta oscura de todas las imposibilidades. Y, hendidas, parecen surcos que esperan los sembradores.

No hubo hasta ahora doctrina que albergara más rebeldes y más santos, más hombres de acción y ensueño, superadores de ciencias y artes. En cada anarquista vibra un pensamiento creador, una cuerda de arco tensa que envía flechas al futuro. Las flechas son las ideas. A veces son las cabezas también, voladas de entre los hombros como flores guadañadas bajo el sol...

vimiento de los indígenas: nosotros te comprendemos. Aunque te hayas desangrado en una causa que no cumplía totalmente a tus ideas, no necesitas justificarte. Ya sabemos: era la angustia, no más, por hacer algo: la angustia del verdadero revolucionario.

## PRODUCTORES, BURGUESES Y BOLCHEVIQUES

Si no catamos la esencia de la cosa, la propia cosa no existe como verdad para nosotros. Saber no es, en definitiva, más que situar.

Ubiquemos al burgués. Hasta hoy se ha estado bajo su imperio como bajo una hinchada tormenta que aquí brama y allá fulmina, dios de voz gruesa y de barbarie ubicua. Esta irradiación de su sombra y de su furia es lo que ha determinado nuestra posición, y la de todos, filósofos y sociólogos, no frente a él precisamente, sino frente a sus irradiaciones. No es al burgués que hemos ubicado, sino a la burguesía.

Del hombre pueden darse cien o mil definiciones. El juego social que él hace o que a él lo obliga, esa modo de un cincel que labra, afina o desgasta su superficie. Mas quien tome esa careta por su verdadera faz, se equivocaría; su naturaleza es otra; más sagrada o más sacrílega, pero otra siempre. Como el bloque de mármol, del cual el artista saca ya una estatua o ya una fuente, la diferencia está adentro, en la veta o el grano constitutivo, y no en las múltiples formas o figuras que le adapten o le esculpan. Esto lo saben los escultores y nosotros —perdón— los psicólogos.

Quien desbroce la hojarasca que, so capa de profesión o de oficio, no es sino un mimetismo que la sociedad impone, dará con sólo dos clases de hombres: doblado uno en su labor; alerta el otro para la rapiña. El que produce y el que lo roba; el que crea y el que lo explota. Los demás, aunque sean la mayoría, son sus caricaturas o sus abortos.

El productor es, por excelencia, un ser que desconoce la propiedad y la medida; incapaz, por propia gravitación de su madurez interna, de alzar la vista para ponerle tasa a sus producciones. De sus puños o su frente; cae la luz o cuelga la obra como de una rama los racimos. Y no hay espectáculo de envergadura más trágica, cargado de más electricidad dramática, que un hombre de éstos, obrero, artista o sabio, condenado al ocio o reducido a sobrevivirse a una fecundidad ya agotada. Acaban envileciéndose o suicidándose.

Ubicado éste, mal que bien, ubiquemos al otro. ¿Qué es un burgués?... Es el animal que vive en verbo positivo. Su entraña y su gesto aúllan un solo grito: ¡mío! Entre el coro de las voces que el hombre arrancó a la piedra y al hierro, a la tierra y al cielo —dulces, patéticas, risueñas o melancólicas— la suya es la que apuñala, como al canto del ave el bramido de bestia: ¡mío!, ¡mío! Desconoce en absoluto el valor de la vida y de las cosas, y a este desconocimiento se debe la tabla de los valores que juega y por los que se guía, tanteando, como un monstruo ciego, a lo largo de una cuerda con nudos. Lo que atrapa es de él: ¡mío! Mas como, a pesar de todo, en cuanto cierra la boca su posesión caduca, cerca entonces sus rapiñas y pone, a que se las guarden, leyes, soldados, lacayos, que también son suyos, ¡suyos!

Y llegamos al último. Cuando decimos que sólo hay dos clases de hombres, es porque la tercera no puede contarse ni como carácter ni como variedad de la especie. Es neutra; mixta. Es la mediatización del productor y el parásito, fruto de un ayuntamiento sacrílego condenado a morir sin descendencia. Un verdadero mulo humano. El socialista, el bolchevique.

Éste no tiene esencias para catarle. Los otros sí y, mal que bien, se las catamos.

Y, ahora, a crear, los creadores, el repudio al sentido burgués de la vida y el amor al sentido anarquista. ¡Nada es de nadie; todo es de todos!

sentante será el mandón, el tirano. Unos y otros, bolcheviques y demócratas, son moléculas de un hierro que, tarde o pronto, debe concretarse en sable.

Y todo parte de estos modos de plantearse y de lanzar la vida: en espiral o en círculo. O creerse eje o sentirse ala. Centro muerto o corriente viva. Autoritario o anarquista.

## HAY UN DESCONOCIDO

No sabemos en qué rincón de la tierra trabaja y cavila a estas horas aquel que nadie conoce. En el silencio que arropa las almas, hay un hueco que él llena de audacias y fiebres, como un casco de bomba con dinamita y recortes de acero. Y ya lleno, atornilla su tuerca, se yergue y se pone en marcha. ¿Oyes?... El desconocido viene.

¿Quién es?... ¿De qué raza; cuál es su rostro que besará el propio viento que él va a purificar de infamias? Misterio, misterio. No lo sabrás nunca. La única cosa que de él podrás conocer será su obra. Su radiosa justicia. Su venganza silbante.

Con el oído en la tierra gritamos a los hombres abatidos de pena o vergüenza: ¡Alzaos! Él viene; él vuelve otra vez; él llega siempre. El gran desconocido –cuyos ojos nadie puede mirar porque sus resplandores ciegan, cuyos brazos no hay verdugo que corte o que queme, porque son de una llama más fuerte, de un acero más puro– avanza, se acerca, ya está entre vosotros.

Y cuando el estampido raje el silencio, y la noche, como hembra que pare, lance al cielo un alarido de llamas, descubríos y saludadle. Es él que ha hecho justicia. Aquel que nadie conoce. El gran desconocido.

## ANGUSTIA DE REVOLUCIONARIO (1927)

Hay en todos nosotros una angustia por la acción que no tenemos por qué ocultar ni debe avergonzarnos. Donde se levanta un hombre hay una posibilidad tan libertaria, por lo menos, como donde alumbra una idea. Esta precisa la encarnadura y aquél la conciencia. Pero una y otro son por igual promesas que no vamos a llevarnos por delante o no mirar, porque no cumplan, desde su nacimiento, punto por punto, con nosotros, con la ideología nuestra. Al contrario: lo que hacemos es seguir su desarrollo, tratando de atraerlo al centro de nuestros propios principios para que desde él cumbree también nuestras posibilidades.

Ésta es la historia de las intervenciones de los anarquistas en movimientos que no responden a su ideología. Es no más que la angustia por la acción, el sentido que tenemos de la vida militante, audaz y plena. Y la confianza en nosotros. Donde estemos, lo que hagamos será anarquía, comunismo anárquico.

En general, el que hace el gasto de su libertad y su sangre, codo a codo con el pueblo rebelado, es el anarquista, son nuestros compañeros. ¿Debe ocultarse esto o debe avergonzarnos como un error o una ingenuidad?... ¡Nunca! ¡No! Debe proclamarse como una gloria, más vale; debe encarnarse como un deber en cada revolucionario.

Mariscalear es más fácil. Aquí tenemos muchos de estos mariscales que rastrean con el dedo sobre el mapa las insurrecciones de las indias de América. Y que de pronto se paran y se vuelven a nosotros para decirnos: tal o cual sublevación no cuenta, no puede tomarse en serio porque es de origen político, católico, reaccionario. Lo que no dicen, y les decimos nosotros, es lo que ellos son: saltarines, gambeteadores a lo único que vale en el anarquista y sin lo cual no será nunca en la Tierra la Anarquía; la pelea, el codo a codo con el pueblo sublevado.

Compañero que ahora llegas de Bolivia, perseguido o deportado tras el fracaso del último mo-

¡Juventud, juventud, juventud! Nosotros, los anarquistas, somos la claridad de la Tierra; poseemos el divino arte de creamos nuevos, de nuevo. Nuestras ideas son, más que deducción de libros, vibraciones de la carne eterna, insomitable, inmortal: palabras vivas, de vida.

Torrentes de idealidad, de cauces que cantan a la presión de las aguas, somos nosotros, los anarquistas. El más humilde y sencillo, tiene un pensamiento propio, un sueño en flor, una idea en grano, por médula.

Libres audaces, resueltos, conquistaremos la Tierra.

¡Verán, verán! Ahora silbamos al viento las flechas de nuestras ideas. Ya silbaremos los hechos. Y las cabezas también.

¡Nosotros, los anarquistas!

## ¡META Y META!

No acaba de comprenderse al anarquista. Y esto se debe –parece una paradoja– a su propia sencillez, su rectitud, su coherencia con su idea. Siendo, como es, la mayoría de la gente, infija y bailarina, su marcha firme, su talla a plomo, la desconciertan; su rotundidad hace gritar a los flojos, su fe encendida ciega o hace que sólo puedan mirarlo de reojo, torcidamente, sus biógrafos. De él sí puede decirse, parodiando al poeta: de blanco, de claro que es, a la luz no puede vérselo...

Y cuando algo no se ve, ¿qué mejor cosa, más fácil que imaginarlo?... De imaginaciones sobre anarquistas se han llenado muchas planas de periódicos y libros. De folletines. El hombre está ausente siempre, o caricaturizado en una forma que irrisiona o enerva de rabia o risa. Con rabia o risa, tuvo Malatesta, hace poco, que salir a decirle a un propio admirador suyo: yo no soy ese que pinta, ni he dicho ni quiero eso que dice. Y esto él, ya cumbreado el medio siglo de decir y de querer una sola clara cosa... Es trágico y bufo. Parecería el anarquista un condenado a accionar frente a un espejo cóncavo y a hablar para un lenguaraz idiota. Ni lo entienden ni lo ven; lo proyectan; lo imaginan. Y nunca en bien, sino en mal, por descontado.

Hasta hoy ningún compañero pudo hallar emulación o alegría de vivir en la fama o la leyenda que le crearon. Echada a rodar su vida, es una mota de nieve echada al fango, crece, sí, pero ¡ay! en oscuridad, en basura, en proporciones ya siniestras, ya risibles, pero siempre para el asco o el escarnio.

¿Es fatal esto?... ¡Hermanitos! Parece fatal. Pero ¿para qué sois vosotros lo que sois, anarquistas, sino para vencer también las fatalidades? ¡Meta y meta!

¿No os comprenden? ¿Hay quienes, chotos o infijos, inocentes o malvados, vacían sobre vosotros el tacho hediondo de sus imaginaciones? ¿Os cargan todo lo suyo, os vierten en jerigonza y os reflejan, ante su público imbécil, panzones o narigudos?... Allá ellos ¡cristo!, si eso les gusta, les sirve para asustarse o enfurecerse. Nosotros, vosotros, los anarquistas, dele no más. ¡Meta y meta!

Sería ridículo, tonto y flagrantemente tonto que, teniendo las carillas en la mesa, el clavo bajo el martillo o el bloque al frente, en vez de vuestra labor de machos, forzuda, tenaz, fanática, os dedicarais a ponerlos lindos, empolverar los hocicos y hacer mohines graciosos para la galería como hembras. Sois y somos en la obra, en los hechos y en la vida. Si esto no se tiene en cuenta, dele otra vez. ¡Meta y meta!

No acaba de comprenderse al anarquista. Y bueno, se comprende y le basta. Sabe lo que quiere, y lo hace. Se dio una línea, y la sigue. Y por eso cuando siente, oye o ve que le maltratan, le calumnian o le niegan, ni se encoge ni se asusta. Se enoja, sí, pero consigo, pues piensa: seguramente, lo que le metí a la vida no lo remaché como es debido. Hay que darle todavía. Darle siempre. ¡Meta y meta!



## ¡ANARQUISTAS!

El anarquista es un hombre de batalla. La pelea es su juego: es la arena en que él destaca mejor su bravura fatal: o es el mar, cuyas crestas amargas cumbrea él, jubiloso. La derrota o el triunfo no cuentan; son los dos impostores de que habla el poeta, que él supera o desprecia mientras marcha a cumplir su destino; su destino, que no es tan poquita cosa como un manojo de palmas o una corona de espinas, sino más, y más del hombre: libertar y libertarse. Y, si no, morir peleando.

Cuanto no sea la batalla le viene chico o le queda ridículo al anarquista. Vedlo en cenáculos de intelectuales o en tratativas de cualquier orden con los burgueses: un montañés con los pies charolados o un arador con guantes no estaría más incómodo ni haría un papel más triste. Como en una balanza tramposa, su valor ya no es valor, pues debe estar referido al no-valor de los otros; al peso que echen al otro platillo los que tienen prudencia o miedo o, simplemente, no creen en la anarquía.

El anarquista es un hombre de pelea, y no de componendas o sutilezas. Con él no hay arreglo nunca. No pacta ni desiste; lucha y afirma. Tipo nuevo en la historia, generador de otra especie de hombres, macho ardiente y poderoso que avanza, bramando amor, a poseer la vida.

Y la batalla es su juego; es la luz en que él destaca su musculatura fornida y ágil. Su arena candente y su oleaje amargo. Lo que él cumbrea y donde él se clava.

No ven mal –¡no!– los que le ven como un insurrecto eterno, tenaz y diabólico. ¡Es él! Los que tirana matarle, le conocen; los que le llaman “peligroso”, a él, al anarquista nombran. Timbre es esto, y no calumnia; flechas bajo cuya lluvia canta, sin romperse, su talla de granito.

¡Anarquistas! Vengo a hablaros con la voz de huracán de la anarquía: la guerra contra el burgués es hoy, fue ayer y debe ser siempre, definitivamente y a muerte. No peséis vuestras acciones en la balanza tramposa de los legalitarios, negros o rojos. Sólo un peso debéis sentir en vosotros; el peso que os clave al suelo, que os afirme en el destino y que os aplome, machos ardientes y poderosos, frente a la Vida: ¡el peso de los testículos!

## A SACCO Y VANZETTI, NUESTRO SALUDO

Lo mejor de los hombres –tú lo sabes, Vanzetti– no es su cuerpo, que cualquier asesino carboniza. De ser así –también tú lo sabes, Sacco– sería más noble y piadoso ser verdugo que anarquista. Lo mejor de los hombres en su coraje y su fe; ,aquél es manto que arropa a los que tiemblan; ésta es sandalia para los pies llagados. Hoy, las almas proletarias están calientes y erguidas gracias a lo que vosotros, moribundos, les donasteis: audacia, esperanza. ¡Os saludamos en vuestra final victoria, hermanos!

Desde la CÁMARA DE LA MUERTE, eso –fe y coraje– irradiasteis a los hombres de toda idea y toda raza, Sacco y Vanzetti.

Con pupila serena y altiva, te vemos a ti, vendedor de pescados, esta mañana de tu último día: Has terminado de vender tus frutos marinos. Ayer noche, ríos y mares habían volcado en tus manos su riqueza de plata y de oro vivos. En tus cestas de mimbre, latían, como los pensamientos en las celdillas, plateados, dorados, rosados peces. Y hoy todo lo entregaste, todo lo diste. Y cuando el sol tocó el cenit, en el momento que cae derecho y vibrante, como una flecha, sobre las cabezas, ¡en la mitad de tu vida!, te quedaste de pie, paralizado y sonriente ante tus cestas, como tu cuerpo vacío de voluntad, vacías de pesca. ¿Muerto o soñando?... ¡Muerto! ¡Electrocutado!

¿Por qué?... Porque en el país de las latas ponzoñosas y de las conservas nauseabundas, sólo tú repartías pesca sana. ¡Repartías la Anarquía!

Desde la CÁMARA DE LA MUERTE, esto has tú comprobado a las gentes, Bartolomé Vanzetti. Te saludamos en tu final victoria. En la certeza, que lograste clavar en las almas, de que es por anarquista que te asesinan.

Con pupila serena y altiva te vemos ahora a ti, Sacco, el zapatero. Tú también esta mañana terminaste tus tareas. Zapatos de todos números, formas y clases se te fueron de las manos a correr el ancho mundo; a defender los pies de los peregrinos de los guijarros, las espinas y los lodos. A erguir hombres sobre tus suelas trabajadas. Y cuando el sol, como un señorón estúpido, fue a arrojarte a la banqueta sus discos de oro, te halló inmóvil y crispado. ¿Muerto o soñando? ¡Muerto!

¿Por qué?... Porque en el país de los hombres con pezuñas, como burros o bisontes, sólo tú tenías piedad de los piecitos tiernos, de las plantas ensangrentadas de tus hermanos. Porque calzabas con tu coraje y tu fe a los proletarios; fe en la Anarquía, coraje para hacer el camino largo...

Desde la CÁMARA DE LA MUERTE esto has tú comprobado a las gentes, Nicolás Sacco. Te saludamos también en tu final victoria. En la certeza, que lograste clavar en las almas, de que es por anarquista que te matan.

Saludamos... Pero, ¿basta esto?... ¡No! ¡No basta! Comprender una infamia no quiere decir consentirla. Sacco y Vanzetti, hermanos: nuestro saludo a vosotros es de una sola palabra: ¡VENGANZA!

## CÍRCULOS O ESPIRALES

Hay dos modos de explicarse y de lanzar la vida: en espiral o en círculo. O creerse el centro del universo, algo así como el eje de una rueda cuya llanta aprisiona lo posible y desecha lo imposible, o sentirse rama viva, ornada de ágiles hojas que aletean a su flanco, como paloma lanzada hacia las posibilidades. Esto distingue al dictador del libertario.

El dictador es el hombre que quisiera que los ríos no bordearan sus dominios, no penetraran cantando bajo extrajeros sauzales; que cercenaría las cumbres que se le pierden de vista entre las nubes. Toda su ambición es ésta: tener la suerte del pueblo bajo sus ojos y obedeciendo a su rienda, dentro de su visión de la vida, que es una visión de circunferencia. Y pues que la libertad es agua en marcha y el libertario es un monte que crece en punta, ella y él son sus enemigos clásicos.

El historial de los dictadores no es, precisamente, político, sino clínico. Se trata de simples locos, de alienados de las más variadas y abominables manías. Obvia ahora una incursión a la historia, donde aparecen gesticando o enchalecados, ridículos o sombríos, los Nerón y los Calígula, los Rosa o los Lenin. Basta tomarles el pulso, a través de su ladrante retórica, a un Mussolini, a un Rivera o a un Ibáñez. Son casos de manicomio.

Son enfermos de esta enfermedad: el círculo. Son la crisis de una dolencia que padecen todos los autoritarios, desde los negros hasta los rojos: el Estado. Son los locos que concretan y rezuman una locura latente, aunque débil y dispersa, en el cerebro de las mayorías: el gobierno.

Queremos decir con esto que el dictador no niega a la democracia, como se afirma, ni es tampoco contrapuesto a la mentalidad de los mismos proletarios que aspiran a una dictadura para su clase, sino que es su consecuencia más lógica. Mientras floten y vibren en la circunferencia de sus ideales, como sola posibilidad de realizarlos, ansias de mando y de tiranía, su más fiel repre-